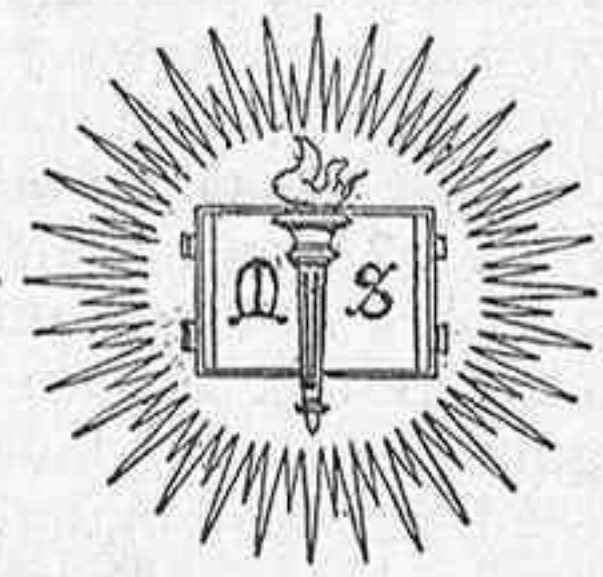


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1903 →

NÚM. 1.129

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estatua de SHAKESPEARE para el monumento que en honor del gran dramaturgo inglés se erige en Weimar

Obra de Otón Lessing

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimooctavo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. - *Una hija de Albión*, por F. Moreno Godino. - *El último Conclave*, por R. - *El milagro*, por J. Sánchez Gerona. - *Nuestros grabados*. - *Problema de ajedrez*. - *Sonia*, novela ilustrada (continuación). - *Sillería baja del coro de la catedral de Toledo*, por A. García Llansó. - *La fabricación de las flores naturales*, por Pablo Megnin. - *Fotografía de don Marcial Ballús*. - Libros, periódicos y revistas enviados á esta Redacción.

Grabados. - *Estatua de Shakespeare*, obra de Otón Lessing. - Dibujos de Pujol-Hermann que ilustran el artículo *Una hija de Albión*. - *Delante del espejo*, cuadro de Alberto Herter. - *Agresión inesperada*, cuadro de J. Armet. - *Episodios del último Conclave*, dibujo de Amato. - *En el taller*, cuadro de Richart. - *En familia*, cuadro de Guillermo Leibl. - *Un accidente*, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet. - *Representación de la tragedia de Sófocles «Edipo rey» en las Arenas de Nîmes*, dibujo de S. Begg. - *Sillería baja del coro de la catedral de Toledo*. *Batalla de Marbella y la reconquista de Granada*, obras de Maese Rodrigo. - *Fotografía de D. Marcial Ballús*. - *Paisaje de primavera*, dibujo de José María Marqués.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el campo, en los balnearios, en el extranjero... En todas partes menos en Madrid se vive ahora.

La vida de campo ha llegado á ser excesivamente refinada: quizás convendría más simplificación. Ascendemos por el camino de los adelantos; llegará día en que nos sea necesario tomar la cuesta abajo, porque la complicación de la existencia sube de punto.

Nuestros abuelos, en cambio, vivían del modo más sencillo, en caserones que eran verdaderos palacios, pero donde faltaba... En fin, faltaba lo más elemental. Bueno es que se haya corregido tan exagerada sencillez; bueno es que abunden hoy en las quintas las camas blandas, las mantelerías como la nieve, la loza y el cristal; bueno es que estén brillantemente iluminadas de noche y en orden esmerado á cualquier hora; pero agradecería en todo eso un aire campestre; no la vivienda de la ciudad transportada, con sus exigencias y su recargo de menudas necesidades, á un despoblado, entre un bosque y una heredad de patatas.

En la vida de campo que me rodea observo que cada día se espesa la malla junta y sutil de pequeñas urbanas, entre las cuales ya es difícil revolverse en la ciudad misma. Cuando se sirve un plato con setas ó trufas; cuando se escancia el Champagne y el Rhin, dan ganas de echar de menos los tiempos idílicos en que

con rojos pimientos y ajos duros,
tan bien comió el señor como el esclavo.

Las «adulaciones fragantes forasteras» van multiplicándose: una comida campestre no se diferencia del banquete diplomático en Madrid. El cocido es vulgar é insufrible; los honrados platos de la tierra, regionales, clásicos, están proscritos; el helado ya no es acontecimiento, con suma frecuencia llegan de la fábrica las barras transparentes, envueltas en serrín, para proporcionar un deleite más á los golosos; se inventan guisos, se acude á los libros de cocina, se sazona á la inglesa, á la francesa, á la alemana, á la italiana; se traen cucharas especiales, tenedores de pescado y ostras; los servidores visten frac y calzan guante blanco, y en lontananza se oye el chirrido de los carros y las canciones de las segadoras..., contraste que avalora los placeres de una vida tan exasperadamente civilizada.

Y sin embargo, la antigua, más natural, huérfana de pretensiones, tenía sus encantos, y á ésta no le faltan sus inconvenientes y sus cortapisas. Antaño, pasar un día de campo era expansión y era derroche de alegría y vitalidad. Se salía temprano, con ropa holgada y cómoda; se tenía, no apetito, hambre lóbrega, desde el mismo instante de ponerse en camino; se utilizaban para el transporte borriquillos, ó si lo permitía el estado de la carretera, destartados carricoches; los incidentes cómicos á que esto daba lugar, eran materia para inacabables dicharachos y carcajadas continuas; apenas los expedicionarios lle-

gaban á «la aldea» se desparramaban por el huerto y el jardín, correteando y jugando como chiquillos á la gallina ciega, al escondite, al corro; cuando se les anunciaba que tenían «la sopa en la mesa» suspiraban de satisfacción exclamando: «¡Santa palabra!» en la mesa, donde permanecían dos horas y se presentaba una docena de platos (no faltando en las solemnidades el jamón en dulce y el pavo relleno de miga de pan y pasas), devoraban y bromeaban, y hasta brindaban y ofrecían obsequios los galanes á las señoras; los señores formales se escurrían á dormir la siesta, sobre sofás y camas «alzadas»; los jóvenes, inventando una música cualquiera - piano catarroso, guitarra destemplada, ó á falta de todo eso, la voz. - se lanzaban á bailar, tomando por salón de baile el prado, la era, el soto, la carretera, el primer terreno plano que Dios les deparaba; y cuando la tarde caía, emprendían de mala gana el regreso, cansados, empolvados, hechos trizas, con flores en el pecho y hojas de enredadera entre el pelo las mujeres, todos provistos de oxígeno y de salud para un año...

Ahora, este modo de ir al campo se considera muy ordinario, bueno sólo para la genticilla; las cosas marchan por otro estilo y á otro compás. Las jiras campestres se llaman *garden-parties*, y procuran adaptarse á esta designación británica. Concurren á ellas las señoras con ricos trajes de fular, de encaje, de batistas montadas sobre glasé, de vaporesos crespones; calzan tafete, la media de seda aprisiona su tobillo; cadenas, dijes, broches, relojillos, collares, las adornan; el sombrero recargado de flores ó de plumas, la sombrilla de volantes rizados, defienden su cabeza contra el sol. ¿Qué se hace con tal atavío? Pasearse muy envarado, ni más ni menos que en el Retiro: porque sería lástima estropear el vestido majo, la saya bajera, los *Richelieu* de cuero de Rusia, los guantes. ¿Quién piensa en correr? ¿Quién sueña en bailar? ¿Quién se inclina para cortar una rosa?

Nada, nada: que lo de antes era más lógico y más divertido. Se me figura que - respetando la fatal acción del tiempo, que modifica las costumbres de un modo incontrastable; conservando de la urbanidad, en la aldea, lo que conservar importe - se han de proscibir los arrequives y los perifollos estorbosos para el goce aldeano, que es poder sentarse y hasta echarse en el suelo, sobre el césped, hacer ejercicio físico, impregnarse un poco de la saludable naturaleza...

Tal vez en los países anglo-sajones hayan resuelto este problema. Dicen que en ningún país como en Inglaterra se vive en el campo con elegante confort; y el caso es que no dejan de rusticarse, que se consagran al deporte, que sacuden la indolencia propia de las ciudades. ¿Cuál es el secreto? Habría que aprenderlo. Aquí noto que nos limitamos á trasladar la ciudad al campo, á proseguir el mismo género de vida, sin diferencia alguna: y no el de la ciudad: el de la gran capital europea. No debe de ser este el ideal: al campo se va en busca de un cambio profundo. Sin llegar á Tolstoy, que quiere que aremos, sembremos y recojamos el pan, algo de rusticación positiva, franca, aun violenta, no sería malo, no. Los cerebrales, sobre todo, debiéramos ser cuatro meses pescadores, molineros, tascadores de lino, algo que nos apartase de nuestro cerebro, que es ¡ay! á la vida como al cuerpo la sombra.

El último escrito de propaganda de Tolstoy - ya que he nombrado al gran novelista eslavo - produce en mi espíritu una impresión singular, en este momento, que es el del fracaso de un paro general intentado por elementos obreros de Marineda, para conseguir la amnistía de sus compañeros presos. Aunque á mucha gente irreflexiva pueda parecerle extraño, me sobrecoge más el fenómeno de la huelga frustrada, que el de la huelga en su plenitud.

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla. A destiempo, sin discreción, sin esa adhesión unánime que constituye el mayor de los poderes, se les rompe entre las manos. Y esto indica una gran verdad: que en política (sea política social ó de otro género) el arte es algo tan necesario ó más que la razón, que el sentimiento, que la resolución, que la constancia. Indicar la idea del paro; ver que no prende en la masa; empeñarse en llevarla adelante contra corriente, es falta de destreza artística: es no tomar bien el pulso. - Tolstoy se desconolaría si se lo demostrasen; pero hasta los obreros, que representan la fuerza numérica, para practicar su política debieran empaparse en la doctrina más aborrecible de fijo para Tolstoy: el maquiavelismo.

Tolstoy sostiene todo lo contrario. En su opinión, los obreros sólo conseguirán sus anhelos de una manera: viviendo evangélicamente.

No es esto - afirma - una utopía. Es que el ideal social ha cambiado enteramente. Al principio, era la libertad animal absoluta: cada cual poseía y disfrutaba según su fuerza. Luego, el poder de un solo hombre: el *morituri te salutant* de Roma. Luego, la monarquía universal: la Iglesia, el Imperio. Después, la representación nacional. Y hoy, el ideal social consiste en que los instrumentos del trabajo no sean propiedad privada y pertenezcan al pueblo entero.

Ahora bien - sigue hablando Tolstoy: - para la realización de este ideal de nada sirve la fuerza: desde 1848 acá, los gobiernos se han apoderado de tal manera de todos los medios de acción, físicos y morales, desde el ejército con los perfeccionamientos técnicos del arte militar, hasta la religión y la enseñanza, que, ante esta organización casi perfecta en su aspecto regresivo, toda revolución, todo conato de ella, abortará. «Desde 1848 - asegura Tolstoy - en Europa no ha cuajado ninguna tentativa revolucionaria.» Y con el fino instinto observador del novelista, Tolstoy advierte que las calles de asfalto, en París, han hecho las barricadas imposibles. Y la organización social - advierte - mansa, compacta, lisa, uniforme, se parece al asfaltado. El más necio, el más inútil de los gobernantes, puede servirse de ella y de un modo mecánico utilizarla para reprimir tentativas que ya ni se producen, tal es el convencimiento de que se estrellan contra el asfalto.

Ante tal imposibilidad, ¿qué hacer?, pregunta Tolstoy. - Una sola cosa, la que prescribe el Evangelio: *no matar*.

La doctrina es curiosa, por lo que contrasta con las habituales vociferaciones de los *meetings*, donde se respira ambiente tan belicoso, y donde, para rechazar las imposiciones de la fuerza, es la fuerza lo que se invoca y se llama. «Somos los más», es la amenaza que se siente gruñir y espumar en el fondo de la agitación obrera. «Somos los más, y si un día llegamos á unirnos lo suficiente...» Y Tolstoy, desde su retiro, les avisa: «Nada significa el número, mientras la organización social sea estable y os aplaste con fuerzas coherentes y sometidas al hipnotismo de la disciplina. Por la lucha nada obtendréis, y es justo que nada obtengáis, porque la fuerza es esencialmente mala y el que la emplea pierde de vista la justicia. Haced lo contrario de luchar: negaos á empuñar un arma: negaos á esgrimirla: negaos á la mera hipótesis de derramar sangre: negaos á aprender los movimientos que se ejecutan para prepararse á derramarla. Negaos, pasivamente, mansamente, pero irremisiblemente, al servicio militar. Y el día en que no haya un soldado, la cuestión social está resuelta; resuelta en paz, con amor.»

Tal es la propaganda de Tolstoy. ¿La incluiremos entre las utopías? Si se me pregunta á mí, utopía la juzgo, aunque dimane de un espíritu opuesto á las guerras y á su inhumanidad, ya muy difuso en el aire de nuestro siglo. - Contra la naturaleza no valen abstracciones, ni éticas, ni lógicas, y la naturaleza quiere que donde surge conflicto de interés (de cualquier género de interés) surja la lucha infaliblemente. Tolstoy no cuenta con la pasión, nervio del alma. Por ahí claudican todas sus teorías. Del mismo Evangelio no se deduce la posibilidad de tal pacificación absoluta. Y la política se asienta en lo posible; es una ciencia y un arte profundamente real.

Tengo que hacer, muy gustosa, una rectificación á la crónica en que me lamenté del desbarajuste y mal servicio en los caminos de hierro. Lo que escribí no va con la Compañía de Madrid, Zaragoza, Alicante (red catalana). Esta Compañía permite á los viajeros tomar billete y facturar á cualquier hora en Barcelona; ha introducido varias mejoras, como billetes á precios reducidos, abonos económicos, viajes por kilómetros con grandes rebajas, trenes casi continuos para las poblaciones próximas á la gran urbe, mejoras en el material de vagones y locomotoras, y por último, ha construido el magnífico apeadero del Paseo de Gracia, para comodidad y regalo del público. Dice la opinión que los servicios de esta red contrastan con los de las demás compañías españolas, gracias á las iniciativas y á la sabia dirección de su gerente D. Eduardo Maristany, eminente ingeniero y hombre á la moderna, á quien me complazco en saludar desde aquí. Dios nos dé muchos como él; á millares los necesitamos. Y ¡qué satisfacción cuando se tropieza uno, aunque sea tan de lejos, pero de cerca en el orden mental, con quien habla el mismo lenguaje que uno, así el lenguaje sea gallego, catalán ó francés!

EMILIA PARDO BAZÁN.



Llamó mi atención un jinete que pasaba

UNA HIJA DE ALBIÓN

I

Terminada la partida de treinta y cuarenta en el casino de la plaza del Duque, de Sevilla, nos sentamos, según costumbre, á la puerta el marqués de Sales, presidente del Círculo, el conde de Montelirio, el general Sánchez Mira, un caballero llamado D. Angel Lasso de la Vega, el doctor Alderson, médico inglés establecido en la ciudad, y yo.

Como siempre en Andalucía, hablóse algo de política y mucho de mujeres, caballos y toros, y cuando más engolfados estábamos en la conversación, suspendióse ésta porque vimos desembocar por La Campana á una amazona que excitó poderosamente nuestra atención. Una mujer á caballo, siempre la llama en todas partes, y mucho más en Sevilla, en donde suelen verse muy pocas. Además aquella amazona era muy joven, muy linda y muy elegante.

— Monta un soberbio *pur sang*, dijo el general Sánchez Mira, que es muy aficionado á mujeres y caballos.

— ¡Es preciosa!, observó Montelirio.

— Pues el lacayín que la sigue lleva también un buen *media sangre*.

— Si no me equivoco, dijo á su vez el marqués de Sales, es una francesa que vive en la calle de las Armas.

— Más bien parece alemana, indicó Montelirio, que presumía de conocer tipos de nacionalidades.

— Pues no es francesa ni alemana, sino paisana mía, inglesa, ó mejor dicho irlandesa, dijo el doctor Alderson, que basta entonces había permanecido silencioso.

— ¿La conoce usted?

— Tengo el honor de ser amigo y médico de su padre, en Sevilla.

Mientras se cruzaban estos comentarios, la amazona había transpuesto lentamente el trayecto que media entre La Campana y la calle de las Armas, por la que se entró.

— A ver, doctor, infórmenos usted sobre esa belleza ecuestre, dijo Lasso de la Vega.

— La información es bien sencilla; esa joven, que se llama Arabela, es hija de lord Clake, par de Inglaterra.

— Lo raro es, interrumpió Sánchez Mira, que no hayamos conocido antes á esos distinguidos extranjeros.

— Porque hace poco que están en Sevilla y padre é hija tienen costumbres particulares. Lord Clake, muy viejo y muy achacoso, apenas sale de casa, y

Arabela, tiene sesenta y nueve años, y está perdido de gota y otros alifafes.

— ¿Son ricos?, interrumpió Lasso de la Vega.

— Ciento veinte mil libras esterlinas de renta anual, poco más ó menos.

— ¡Qué barbaridad!, exclamó Lasso, que usaba con frecuencia esta palabra.

— Lord Clake pasa los inviernos en países templados; el año pasado estuvieron en Nápoles, este año en Niza, y de regreso á Inglaterra, se han detenido unos días en Sevilla esperando á que entre más la primavera y siente el tiempo en Londres. Lord Clake es inglés, su difunta esposa irlandesa, como lo es también Arabela. Todos profesan la religión católica.

— ¿Y cómo es que nadie ha atrapado todavía á esa linda y *pobrecita* Arabela?, preguntó el conde de Montelirio.

— Es muy joven, aún no cuenta diez y nueve años. Además ella no se deja atrapar. La *creme* de los jóvenes distinguidos de Londres la ha hecho la corte, pero ella tiene un carácter independiente, caprichoso, y es muy delicada de gustos. Su padre, según cuentan, fué en su juventud en Londres lo que Petronio en la novela *Quo Vadis!*, el árbitro de las elegancias, y parece que ha transmitido á su hija su aversión á lo feo y vulgar y su deseo refinado de perfección absoluta. Bien purga ahora el buen señor los devaneos de aquella vida un tanto libertina...

— Es extraño, observó el marqués de Sales, que siendo soltera salga esa joven sola con tanta frecuencia.

— Las costumbres inglesas la autorizan, y aunque no fuese así, ella se tomaría la autorización; está acostumbrada á hacer su santa voluntad. Por otra parte, padre é hija van aburriéndose algo en Sevilla. Como su padre es poltrón y está siempre picado más ó menos de la gota, no le queda más distracción que montar á caballo y hacer largas excursiones por las afueras de Sevilla. Es soñadora y romántica. Ama la lectura, la música, la astronomía y la botánica; esto es, lo más alto y lo más bajo. Se sabe á Byron y á Milton de memoria, y ahora que ya domina el español, pues tiene gran facilidad para aprender lenguas, la ha emprendido con los poetas españoles. Se pasa horas y horas en el campo, contemplando pájaros, insectos, arbustos y plantas. Tiene una imaginación seria y exaltada á la vez.

— Hasta que caiga, dijo Lasso.

— ¿Cómo hasta que caiga?

— Quiero decir, hasta que un mozo de su gusto la pare los pies.

II

ARABELA Á EUFRASIA

Sevilla, 17 de abril.

«Querida prima Eufrosia: tengo una novedad que contarte; me ha salido otro adorador ó pretendiente, si bien platónico. «¡Bah!, me dirías, si me hablasen en vez de leerme, eso no es novedad, sino cosa corriente y repetida;» pero, amada prima, la novedad consiste en que este flamante enamorado me preocupa más que los muchos que le han precedido; ¿por qué? No puedo decírtelo con certeza.

»Voy á contarte quién es y cómo le he conocido, y tú deducirás.

»Estás enterada de mis excursiones por el campo de Sevilla. Me gusta mucho la orilla del río, pero me separo de ella porque es muy frecuentada, y todo el mundo me mira como un pájaro raro caído de un nido del cielo. Seguida de mi *groom* me meto por un paseo más inculto y menos pasajero que hay á la izquierda, que tiene bancos (si bien desportillados), troncos de árboles caídos y grandes piedras donde sentarse.

»Hace unos cuantos días, una mañana hallábame yo leyendo, sentada en un banco; oí ruido, y llamó mi atención un jinete que pasaba. Era joven, guapo y no carecía de elegancia, aunque iba sencillamente vestido. Noté en él dos cosas especiales, el caballo alazán que montaba, hermosísimo, dado el tipo español, y el modo de montar del jinete, fácil y firme á la vez. Al pasar frente á mí se quitó el flexible sombrero que llevaba, y yo no pude menos de seguirle con la vista hasta que se perdió en un recodo del paseo.

»Seguí leyendo, y á poco tiempo volví á oír ruido y vi cuatro ó cinco gitanas, poco más ó menos tan asquerosas como las de nuestro país. Aproximáronse á mí y una de ellas me dijo:

«¿Quiere la señorita que le diga la buenaventura? Sabrá cosas muy tiernecitas. Déme una de esas manitas tan blancas y tan finas, y se chupará los dedos de gusto.

»Retiré mi mano, que ella trataba de tomar, y contesté:

— No quiero saber nada, déjeme usted en paz.

— Mire la señorita que va á pesarla no saber lo que va á pasar á ese corazoncito.

»Me levanté; mi *groom*, que estaba á alguna distancia, se acercó. Entonces otra gitana vieja me dijo: «Pero bien, la señorita nos dará algo *pa* ayuda del camino; venimos despeadas y molidas.» Hice un movimiento de disgusto é indiqué al *groom* que acercase los caballos.

— ¡Déjala, dijo otra gitana, es un *franchuta!*

»En esto, oyéronse voces de hombres, y llegaron cuatro ó cinco gitanos tan desarrapados como sus compañeras.

— ¿Qué hay, dijo uno de ellos, mirando con ahinco mi cadena y mi reloj. «Puede ser que á esta señora de *extranjis*, no le gusta la gente *probe*,» contestó la gitana vieja. En aquel momento sentí el ruido de un caballo que venía galopando, y cuyo jinete casi le metió entre el corro de jitanos, diciendo: «¡Vaya, buena gentel, según parece le están ustedes molestando á esta señorita. Lárguense á otra parte á esquilur burros.»

»Los gitanos se marcharon refunfuñando.

»Este caballero que tan oportunamente intervino, era el joven del caballo alazán que poco antes había visto pasar. Le conté mi pequeño incidente con los bohemios, y como me encontró en actitud de montar, me dijo: «Si usted me lo permite, la acompañaré

hasta más cerca de Sevilla; estos gitanos son rateros y vengativos.»

»Nos dirigimos hacia la ciudad, hablando de cosas indiferentes. Yo, por decir algo, le dije:

— »Monta usted un caballo muy hermoso.

— »No vale seis mil lises como el de usted; pero, en fin, en su clase de español, no es malo; sólo tiene un defecto.

— »¿Cuál?

— »Que es de un primo mío, señorita. Yo soy tan pobre que no puedo permitirme el lujo de tener caballo.

»Esta franqueza me agradó. Le dije mi nombre y le pregunté el suyo.

— »Manuel Pérez de Vargas, me contestó inclinándose.

— »¿Pérez de Vargas? He oído mucho ese apellido en Sevilla.

— »Sí, es bastante conocido; según parece, uno de mis antepasados conquistó Sevilla á los moros, peleando por el rey San Fernando.

»Llegamos cerca de la ciudad, seguimos un trozo de ronda, y yo me entré en aquélla por una calle próxima á mi casa. El amable joven se despidió de mí con el sombrero en la mano. Yo le dí las gracias por su oportuna intervención en el lance con los gitanos, por su compañía y... ¡colorín colorao, mi cuento no se ha acabaol

»Ya te contaré.

»Arabela.»

ARABELA Á EUFRASIA

Sevilla, 27 de abril

«Eres muy curiosa, prima mía, quieres que atropelle los sucesos, no dejándome imitar á los novelistas, que detallan para dar relieve á la narración. Pues bien: sintetizaré diciéndote que yo voy casi todos los días á mi paseo predilecto, que al principio pasaba alguna vez por él el joven Pérez de Vargas, se detenía un instante á saludarme y proseguía su camino. Pero no sé cómo ni por qué, un día hube yo de decirle: «¿Por qué no hablamos un rato?» y desde entonces él viene con más frecuencia y hablamos, no un rato, sino muchos. Y en verdad que no me pesa; Pérez de Vargas sabe algo de todo lo que á mí me gusta, y me entretiene con su conversación. Por lo demás, nuestras pláticas son inocentísimas; no he conocido hombre más modesto, más respetuoso, ni mejor educado. Me ha contado sus cosas de familia; su abuelo fué rico y derrochador, su padre acabó de dar al traste con su patrimonio, y por consecuencia él y su anciana madre no tienen ni un céntimo propio. Su madre vive en Córmona (cerca de aquí) con una prima suya rica, que le pasa á él cuarenta duros mensuales para que resida en Sevilla, pues educado en Madrid, no puede resignarse á las poblaciones pequeñas. En Sevilla tiene un primo: el conde de Montelirio, que le ayuda mucho. Un día le dije: «¿Por qué no se ha casado usted?» y él me contestó: «Yo sólo puedo aspirar á partidos pobres. Soy de buena familia, pero no tengo título, que es lo que mejor se cotiza. Además me repugna ser pescador de dotes.»

»Es lástima que Manuel no sepa inglés, si bien me da el corazón que le está estudiando. Porque, querida Eufrosia, es un hombre excepcional. Sé que me ama profundamente, no me cabe duda; pero nunca me habla de amor, ni me echa el más ligero pipopo; este respeto me conmueve. Yo le traduzco trozos de poetas ingleses, y él me recita admirablemente versos españoles. Si hablamos de caballos, me explica el origen de las razas más notables; si de música, me define sus predilecciones con una precisión admirable; si de botánica, me nombra y clasifica los arbustos y las plantas. Sí, prima mía, hay pocos que se le parezcan. ¿Y te extrañas que no haya rendido mi corazón á alguno de esos mequetrefes de nuestro mundo, que no salen del Club y sólo saben cazar zorras? Me dices en tu última carta que *mi tempestad se avecina*: pues bien; te confieso que aun cuando hasta ahora sólo veo nubes, estoy ya algo mareada.

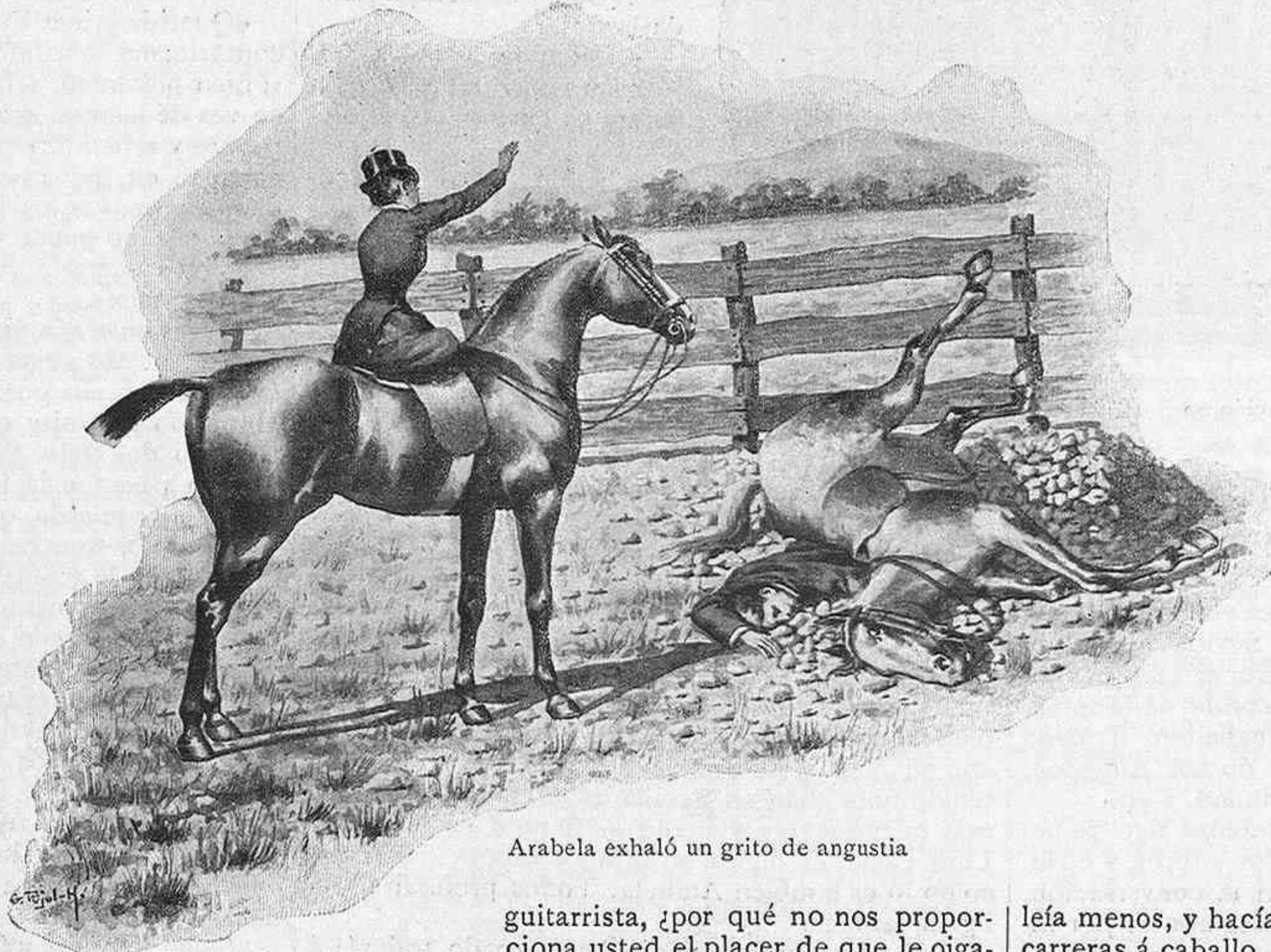
»Tuya, Arabela.»

ARABELA Á EUFRASIA

Sevilla, 12 de mayo

»Querida y maliciosa prima: tengo mucho que contarte. Los sucesos se atropellan, según tu gusto. Por indicación mía, el doctor Alderson, amigo y médico de mi padre, que es socio de un casino de Sevilla, ha presentado en casa á Manuel Pérez de Vargas. Mi padre le ha recibido bien y le ha encontrado amable é instruído; mas, sin saber por qué, yo estoy algo escamada. Comemos tarde, y Pérez de Vargas se presenta casi todas las noches después de comer. En una muy calurosa tomamos el te en el jardín y Manuel me encantó con sus conocimientos astronómicos. Parece que ha nacido para mí. Distingue en el cielo los planetas de las estrellas ó soles, sabe todos los nombres estelares y los sitios que han de ocupar según las horas, agrupa las constelaciones y conoce las fábulas referentes á ellas, por lo cual nos contó las aventuras de Andrómeda, perseguida por un monstruo y libertada de él por el valiente Perseo, caballero errante de los espacios celestes. Yo le oí embebecida.

»Otra noche fué ya el colmo. El doctor Alderson, que había comido en casa, dijo á Manuel: «Señor Pérez de Vargas, usted tiene fama de cantador y



Arabela exhaló un grito de angustia

guitarrista, ¿por qué no nos proporciona usted el placer de que le oigamos?» Manuel mandó á su casa por la guitarra y tocó y cantó.

»Mira, Eufrosia, tú no puedes comprender, sin haberlos oído, la pasión y la gracia en que rebosan los cantos andaluces. Hay uno llamado *La mala-gueña*, cuyo ritmo sólo puede ser inspiración de Bellini. ¡Adiós, prima mía!, mi mareo crece tan rápidamente como la marea del mar.

»Arabela.»

ARABELA Á EUFRASIA

Sevilla, 20 de mayo

»Prima mía: estoy algo desalentada; hay puntos negros en este devaneo á que me he entregado. Manuel ha variado un tanto de fortuna. Ha venido de Cuba un tío suyo, que huyendo de la dominación de los americanos, se ha traído á España algunos millones. Se ha establecido en Sevilla y ha dado á su sobrino (que vive con él) dos ó tres mil duros de regalo. Noches pasadas se presentó éste en mi casa irreprochable de elegancia. Traía una gruesa cadena de reloj, de oro con chispas de diamantes, y en el dedo pequeño de la mano izquierda un solitario de buen tamaño. Mi padre, al verle exclamó: «¡Caramba, amigo mío, viene usted resplandeciente! Pero es algo tarde; hoy he tenido el gusto de ver pasar por aquí al famoso torero Frascuelo, y llevaba una cadena de reloj bastante más gruesa que la de usted, y una sortija de brillantes que parecía un anillo episcopal.»

»Supongo que Manuel comprendió la ironía de estas palabras, pues al día siguiente traía otra cadena de oro delgada y había suprimido el solitario.

»El desaliento de que te he hablado al principio de esta carta proviene de un vago resquemor refe-

rente á mi padre. Tú conoces su perspicacia, su gran golpe de vista, su horror á las cosas vulgares, que ni la vejez ha podido entibiar. ¿Adivinará en Pérez de Vargas algo que se escapa á mi comprensión?

»Adiós, amada prima; ya te escribiré más largamente: hoy no estoy para nada.

»Arabela.»

III

Arabela estaba agitada y nerviosa. Acostumbrada desde niña á hacer su voluntad, se revolvía contra cualquier obstáculo moral ó material. Amaba á Manuel, ó mejor dicho, éste ejercía una especie de fascinación sobre ella, parecida á la del cuadro que nos deleita ó á la del libro que nos entretiene; pero al mismo tiempo comprendía que su padre experimentaría viva contrariedad si ella llevaba al colmo su amor con el joven sevillano. Una tarde que estaba resuelta á hacer á aquél alguna insinuación referente á este particular, Lord Clake dióla á leer una carta de Londres que había recibido. Era del conde de Argile, hijo y heredero del marqués del mismo título, que el año anterior había estado muy enamorado de ella, y que no la había olvidado, puesto que escribía á su padre para que intercediera en favor suyo. Lord Clake le ponderó la conveniencia de este enlace; el joven conde, que era ya un cumplido caballero, mereciendo la distinción de que el rey Eduardo le nombrase su primer caballero, sería con el tiempo par de Inglaterra y poseedor de una inmensa fortuna.

Arabela oyó en silencio á su padre y nada le dijo respecto á Pérez de Vargas. Todas las mañanas ambos jóvenes sabían dónde encontrarse para hacer juntos sus expediciones campestres. Pero éstas no eran tan apacibles como anteriormente. Él siempre llegaba el primero á aquella cita, pero ella no se mostraba como antes amable y satisfecha, y á veces le miraba de soslayo hasta con enojo. ¿Por qué? Ni ella misma podría haberlo explicado. Tal vez se sentía humillada por estar á punto de rendirse á un hombre, ella, que había desdeñado á tantos. Su estado de ánimo traslucíase por sus acciones: ya hablaba y leía menos, y hacía dar á su joven compañero locas carreras á caballo.

Un día reuniéronse ambos frente á la Puerta de Triana.

Arabela siguió la ribera río abajo, y caminaron un gran trecho.

El Guadalquivir, que antes de llegar al Puente de Triana va perdiendo agua y fondo, agradábase á la joven inglesa, pues como ella decía, por aquellos parajes el río es *menos civilizado*.

Vió un banco rústico muy cerca de la orilla, y la joven pareja sentóse en él, dejando los caballos al cuidado del groom.

Arabela estaba pensativa; Manuel la observaba en silencio, tratando de adivinar la causa de la mutación de su carácter.

De pronto ella, que miraba al río, dijo:

— Oiga usted, Pérez de Vargas. ¿Por qué esa flor cilla azul, con raíces en la ribera, se inclina tanto hacia el agua y se mueve tanto, siendo así que la corriente es tan apacible?

Manuel iba á contestar, pero se detuvo, pues en aquel momento otra flor de la misma especie surgió del río y enlazó sus hojillas con las de la flor de la ribera.

— Ahí tiene usted la explicación, señorita: el amante sube desde el fondo del río á buscar á su amada.

Arabela levantóse bruscamente, diciendo:

— Vámonos.

Montaron á caballo y la inglesa se dirigió río arriba. Después de dejar á un lado el Puente de Triana, puso su caballo al trote y luego al galope. Manuel en el suyo apenas podía seguir al *pur sang* de Arabela, cuyos largos y poderosos remos se comían la tierra. Detuviéronse no bien transpusieron los jardines de San Telmo, y la joven inglesa dijo:

— Vamos á buscar sombra, el sol se hace ya insufrible.

Torcieron á la izquierda, siguiendo la tapia de los jardines, pues cerca de allí desembocaba entonces el paseo inculto y sombrío en donde Arabela solía sentarse á leer. Iban á entrar en él, pero detuviéronse sorprendidos, porque un poco más allá de la entrada vieron una barrera semejante á las de las plazas de toros.

¡Obstáculos de la suerte, puestos en el camino del hombre! Aquella noche debía verificarse el encierro de los toros que habían de correrse en Sevilla al día siguiente. Viniendo de la estación de Cádiz, puesto que procedía de Jerez, el ganado tenía que pasar por un lado del susodicho paseo, y para que las reses no se descarrasen en él, ponían aquellos tabloncillos.

— ¡Quieren detenernos!, exclamó Arabela riendo nerviosamente. ¡Pues conmigo no lo logran!

Luego, acariciando el cuello de su caballo, prosiguió diciendo:

— ¡Ea, amigo mío, mi buen Titán, esos tabloncillos no son nada para ti, acostumbrado á saltar las diez vallas del Derby! ¡Adelante!

Excitó á su caballo, que, en efecto, saltó con la mayor limpieza la barrera improvisada. Manuel, después de vacilar un momento, quiso saltar también, pero su alazán español no era un caballo de carrera; saltó, sin embargo, pero tropezando con los cascotes delanteros en la borda de las tablas, caballero y caballo cayeron, no sobre tierra, sino sobre cascotes y pederuales, pues estaban apisonando el paseo.

Arabela exhaló un grito de angustia, pidiendo socorro, porque vió al pobre joven inmóvil debajo de su caballo que se revolvía y coceaba, sin poder levantarse. Acudieron unos peones camineros y levantaron al caballo. En cuanto á Manuel, estaba privado de sentido.

Arabela mandó á su *groom* que fuese á buscar un médico á Sevilla. Entretanto incorporaron á Manuel, que tenía todo el rostro empapado en sangre. Con una carretilla grande de transportar arena improvisaron una camilla, esperando al médico. Un rato



Delante del espejo, cuadro de Alberto Herter
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

después vino el doctor Alderson en un coche; pues como el *groom* no conocía otro, habíase dirigido directamente á su casa.

El doctor registró á Manuel.

— Voy á mandar por una camilla más grande, le dijo Arabela.

— Lo mismo da, observó el doctor. Pérez de Vargas tiene rota la tabla del pecho y tres costillas; de un momento á otro morirá.

Así fué; minutos después, el pobre joven expiró, arrojando sangre por la boca.

IV

Arabela se encerró en su casa y en un mutismo absoluto. Su padre nada le dijo; comprendió el doble dolor que sentía por la muerte de Manuel y por haber sido ella, hasta cierto punto, la causante de su muerte.

El entierro del malogrado joven constituyó en Sevilla una manifestación de duelo, pues gozaba de generales simpatías. Lord Clake y el doctor Alderson acompañaron al fúnebre cortejo.

Quince días después, Arabela y su padre se hallaban en Londres. La víspera de su viaje había rezado aquélla en el cementerio de San Fernando, en donde está enterrado Manuel. Pasado algún tiempo, Lord Clake dijo á su hija:

— Ese pobre conde de Argile ha vuelto á hablarme de ti; ¿qué le contesto?

— Que me casaré con él, lo mismo me da, respondió Arabela con acento indefinible.

Así, pues, la exaltada y romántica joven fué condesa y después marquesa de Argile. Su marido, notable en el Parlamento por su elocuencia, la aburría á ella con su conversación. Arabela representó bien su papel de gran señora; fué una de las muchas *lady's* cargadas de pedrería que brillan en la corte de Inglaterra. En los altos círculos se la conocía con el nombre de *la dama del spleen*.

Con pretexto de la feria, Arabela hacía todos los años un viaje á Sevi-



Agresión inesperada, cuadro de J. Armet

lla, primeramente acompañada de su marido y luego sola; rezaba en el cementerio de San Fernando, recorría los sitios por donde había paseado con Manuel y volvía á Londres. Indudablemente llevaba en el corazón el *rayo de dolor* de que habla Espronceda.

Este año no ha estado en Sevilla.

¿Habrá muerto?

¿Se habrá consolado?

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Pujol-Hermann.)

EL ÚLTIMO CONCLAVE

A las cinco de la tarde del 31 de julio último dirigieron los cardenales á la Capilla Sixtina para entonar el *Veni, Creator*, rezar las preces de rúbrica, escuchar la lectura de las Constituciones del Conclave y prestar juramento. Después de estas ceremonias, entró el príncipe Chigi, mariscal de la Santa Iglesia romana y guardián del Conclave, precedido de cuatro lacayos, escoltado por veinte guardias suizos y seguido de un servidor, que en un almohadón de terciopelo azul llevaba las llaves del Conclave, de oficiales de las guardias palatina y suiza y de otros personajes de la corte pontificia.

Adelantóse el príncipe hasta el altar en donde estaba el cardenal subdecano, y doblando en tierra la rodilla, pronunció en latín la fórmula del juramento; lo propio hicieron después de él sus cinco oficiales, su gentilhombre, su intendente, su secretario y su capellán, los comandantes y oficiales de la guardia palatina, los guardias suizos y los gendarmes pontificios. Siguiéron luego los patriarcas, los obispos y los prelados encargados de la vigilancia exterior de los tornos, que prestaron un juramento especial, y por último los conclavistas.

El prefecto de ceremonias tomó las ordenes del camarlengo y pronunció el *extra omnes*, que fué la señal de partida para los que no habían de quedarse en el Vaticano. Momentos después quedaban encerrados en el inmenso palacio los 62 cardenales que debían tomar parte en la elección del papa, sus secretarios y domésticos, los guardias nobles encargados del servicio interior, los prelados con funciones especiales, en número de 10, los cocineros, criados, etc., formando un total de 365 personas sin más comunicación con el exterior que la correspondencia y los periódicos que reciben por los tornos y que antes de serles entregados son revisados minuciosamente.

El Conclave se celebró como de costumbre en la Capilla Sixtina. Sobre el altar mayor, cubierto con paños encarnados y debajo de un dosel de terciopelo encarnado con bordados de oro, colocóse el tapiz llamado del Espíritu Santo; los cardenales se sientan alrededor de la capilla, cobijado cada uno por un dosel morado y teniendo delante una mesa con recado de escribir y una bujía para sellar su boletín.

Los boletines tienen 15 centímetros de largo por 12 de ancho: en la parte superior el votante escribe su nombre, en la parte inferior una divisa por él escogida y en el centro el del cardenal á quien quiere elegir. Esta parte central es la única visible, pues

las otras dos están dobladas de manera que queden ocultas las demás indicaciones, que sólo sirven para comprobar, en caso necesario, los votos individuales. Preparado así el boletín, el cardenal lo lleva al altar, y jurando que únicamente le ha guiado al votar el interés de la Iglesia, lo deposita en la patena de un gran cáliz y luego lo desliza en el interior de éste en presencia del cardenal mitrado.

Rampolla 29, Gotti 16, Sarto 10, Richelmy 3, Capece-
latro 2, y Vanutelli y Segna uno cada uno; en la
de la mañana del día 2, Rampolla 29, Sarto 21,
Gotti 9, y Oreglia, Di Pietro y Capece-
latro uno cada uno; en la de la tarde, Rampolla 30, Sarto 24,
Gotti 3, Oreglia 2, Di Pietro 2 y Capece-
latro 1; en la de la mañana del 3, Sarto 27, Rampolla 24,
Gotti 6, y Oreglia, Capece-
latro, Prisco y Di Pietro

uno cada uno; en la de la
tarde Sarto 35, Rampolla
16, Gotti 7, Oreglia 2 y
Capece-
latro uno; en la de
la mañana del 4, Sarto 50,
Rampolla 10 y Oreglia 2.

Según parece, un cardenal austriaco interpuso en nombre del emperador de Austria el veto contra Monseñor Rampolla, lo cual explica que el resultado definitivo de la elección fuese tan distinto de lo que hicieron esperar las primeras votaciones.

Cuando se procedió al último escrutinio y á medida que se iban leyendo papeletas con el nombre del cardenal Sarto, éste se conmovió profundamente subiendo de punto su emoción cuando el cardenal camarlengo, monseñor Oreglia, tocando la campanilla de plata, anunció el número de votos que había tenido. Fué aquel un instante verdaderamente solemne: el papa electo permaneció algunos minutos orando con la cabeza sepultada entre las manos, hasta que le sacó de su meditación el camarlengo, preguntándole: «Cardenal Sarto, ¿aceptáis la elección que de vos ha hecho el Conclave?» El cardenal Sarto, emocionadísimo, levantó la cabeza y con los ojos humedecidos por las lágrimas contestó: «Sí, acepto.»

Inmediatamente después de proferida la aceptación cayeron todos los doseles que cubrían los sillones de los cardenales, quedando levantado únicamente el del nuevo papa.

Al poco rato el cardenal Macchi anunciaba á la multitud congregada en la plaza de San Pedro la elección del cardenal Sarto, cuyo nombre fué acogido con delirantes aplausos y aclamaciones, que se reprodujeron dentro de la basílica cuando Pío X desde la tribuna dió solemnemente al pueblo su primera bendición pontificia. — R.



EPISODIOS DEL ÚLTIMO CONCLAVE, dibujo de Amato

- I. La guardia militar situada en la plaza de San Pedro. — II. Preparativos para la instalación de las celdas de los cardenales. — III. Construcción de una pared en el patio de San Dámaso para impedir toda comunicación con el exterior. — IV. Los cardenales emitiendo su voto en la Capilla Sixtina. — V. El público contemplando la *sfumata* desde la plaza de San Pedro. — VI. El cardenal Oreglia recorriendo el Vaticano para asegurarse de que no queda en el palacio ninguna persona ajena al Conclave. — VII. El cardenal Oreglia tomando juramento á las personas que han de permanecer en el Vaticano durante el Conclave de que guardarán secreto acerca de éste. — VIII. El escudo de la Iglesia durante el interregno de la Santa Sede.

Mientras esto ocurre dentro del Conclave, una multitud considerable acude dos veces al día, en las horas en que se cierran los escrutinios, para contemplar la *sfumata*, es decir, para ver el humo que sale por la pequeña chimenea de la Capilla Sixtina, á fin de deducir del color del mismo si se ha elegido ya papa. En efecto, una vez terminada la elección, se queman inmediatamente los boletines: si el escrutinio no ha dado resultado, se mezcla con los boletines un poco de paja mojada que hace que el humo sea más negro y más denso; si, por el contrario, la votación ha sido definitiva, sólo se queman los boletines, que despiden un humo blanquizo y casi imperceptible.

Siete votaciones hubo en el último Conclave; en la de la mañana del 1.º de agosto obtuvieron: Rampolla 24 votos, Gotti 17, Sarto 5, S. Vanutelli 4, Oreglia 2, Capece-
latro 2, Di Pietro 2 y Agliardi, Ferrata, Richelmy, Portanova, Cazzetta, y Segna, uno cada uno; en la de la tarde del mismo día,

EL MILAGRO

I

Pedro el aperador del cortijo de la Bañuela, antiguo sacristán en la parroquial del concejo, se había vuelto loco.

II

Pasó el tren ruidoso y humeante y Ambrosio con la banderola de señales bajo el brazo, cruzó la vía, quitó las cadenas del paso á nivel y se encaminó á su pintoresca vivienda.

Una de esas construcciones que las compañías de ferrocarriles hacen levantar á lo largo de los caminos de hierro, pesadas y uniformes, para morada de sus empleados más modestos.

Algunas veces, como sucedía con la habitada por el guardabarrera Ambrosio, la Naturaleza se encar-

ga de quitarles su uniformidad haciendo crecer junto á ellas altos chopos ó frondosos sauces que les prestan su sombra; cubriendo con un encaje de hiedra, de campanillas y de madreselva los rojos adobes de sus paredes; deslizandole un arroyo á su planta.

La linda caseta de Ambrosio parecía reír y esponjarse acariciada por el sol de aquel día de julio.

Las cigarras, desde los álamos, chirriaban, empezando su monótono concierto de siesta estival, el campo se asoleaba bajo la atmósfera ardorosa é inmóvil.

Pero dentro de la vivienda todo era silencio y tristeza y penumbra.

Cuando el guarda entró, dirigióse á la alcoba y se acercó á la cuna de pino colocada en un ángulo, mirando con ansia á la enfermita que en ella yacía.

Después interrogó á Joaquina, la acongojada esposa:

— ¿Cómo la encuentras?

Era la centésima vez que hacía la misma pregunta, en la esperanza de que los ojos de ella, con la perspicacia finísima de la madre, hubieran descubierto signo de mejoría.

— Peor...

¡Siempre peor! Peor cada momento transcurrido desde que, dos semanas antes, cayera enferma de aquellas tenaces calenturas.

El pobre hombre se sentó desolado en una silla cerca de la cuna y ocultó el rostro entre las anchas manos callosas.

Pensó en que la muerte iba á arrebatárle un pedazo de su alma y recordaba con amargura las circunstancias en que había venido al mundo aquel ángel de Dios.

La pobreza había retardado por mucho tiempo el matrimonio de Ambrosio y Joaquina. Cuando al fin se efectuó el casamiento, tenían ambos más de treinta años. Vivieron juntos otros cinco más, y de nuevo la miseria les separó, obligándole á buscar trabajo lejos del pueblo precisamente cuando la dicha parecía haberle alcanzado con el extremo de su ala rósea, al saber que iba á realizarse el sueño de toda su vida: ser padre. Desde las minas en donde laboraba, recibía con frecuencia cartas de Joaquina, en que ésta le daba noticias de su estado. Por último, cuando supo que su mujer andaba ya anidando, se apresuró á reunirse con los ahorros que había podido hacer durante aquellos meses. Entonces fué empleado de guardabarrera en la línea férrea que pasaba cerca del pueblo.

¡Había sido tan feliz que apenas se daba cuenta de cómo habían transcurrido siete años!

¡Y ahora todo iba á concluir para él, sin aquella su primera y última hija!

El médico había dicho una hora antes que sólo un milagro podría salvarla.

Ambrosio se levantó de repente, y tomando á su mujer por la mano, la condujo ante una litografía con marco de paja, que representaba al Crucificado agonizante sobre el Gólgota.

Los dos cayeron de rodillas y oraron angustiados, oraron febrilmente sofocados por el dolor, con rezo estertóreo, derramando lágrimas que les escaldaban las mejillas.

La estampa se movió suavemente, una ráfaga de aire cálido invadió la estancia y sintieron una voz armoniosa á sus espaldas que decía:

— Pedid y se os dará.

Bajo el dintel de la puerta que daba al zaguán, vieron á un hombre pálido y esbelto que les envolvía en una mirada llena de infinita dulzura.

Trafa el pelo de la cabeza, que era castaño, crecido de modo que formaba melena, y el de la barba, más rubio, partido y rizoso. Una tela blanca le cubría desde el hombro izquierdo, pasando bajo el brazo derecho, hasta los pies desnudos.

— La paz sea con vosotros, siguió. Y adelantóse algunos pasos.

— ¿Quién eres?, preguntaron á un tiempo los esposos.

— Al que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que

Poco tardaron en prender y en levantar llama las secas gavillas de sarmientos.

Entonces el hombre tomó en sus brazos á la criatura y la mantuvo en alto sobre la lumbre, hasta que el agua que la mojaba se hubo evaporado.

Volvióla á la cuna y repitió el humedecerla y el secarla al fuego hasta tres veces.

Luego la vistió su camiseta, la arropó de nuevo, y dirigiéndose á los padres inmobilizados de religioso respeto, les dijo con voz dulce y grave:

— Grande es vuestra fe y vuestra fe os ha salvado. Hágase con vosotros como queréis. La paz sea en esta casa.

Y comenzó á andar con reposado continente.

El guardabarrera y su mujer cayeron ante él de rodillas, llorando de emoción y de gozo, tratando de besarle los pies; pero los detuvo con un ademán solemne acompañado de estas palabras:

— No lloréis por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos.

Y se alejó. Se alejó por la vía, caminando entre los rieles que brillaban al sol de aquella tarde de estío como dos chorros de mercurio.

Volvieron los padres junto á la cuna y encontraron que la niña no sufría ya.

Dormía para siempre.

III

Entonces pasaron por frente á la casa del guardabarrera varios mozos del concejo y preguntaron á Ambrosio si había visto pasar por allí á Pedro el aperador de la Bañuela, que se había vuelto loco.

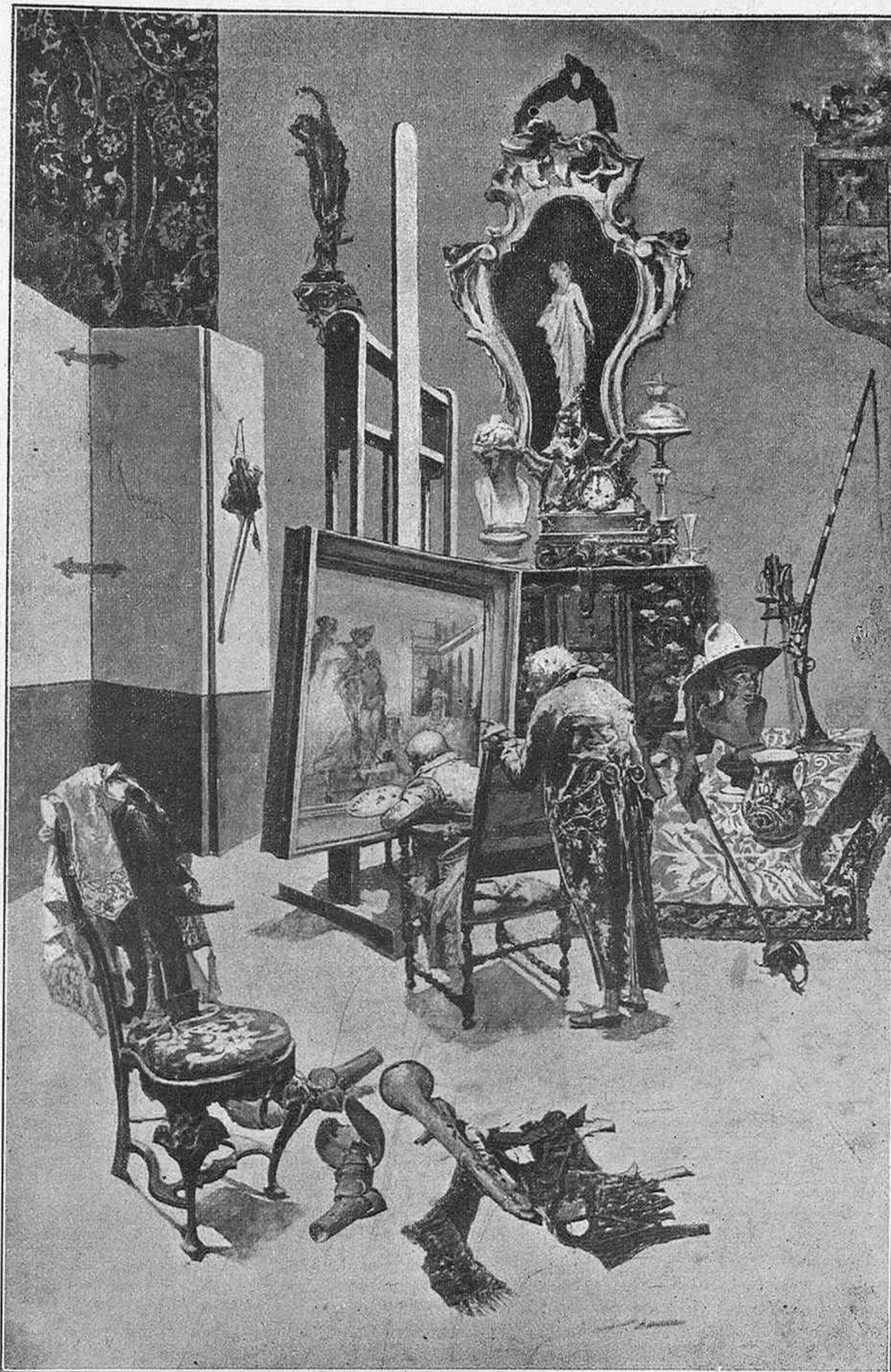
El guarda no le conocía, pero pudo afirmar que por allí había pasado.

J. SÁNCHEZ GERONA.

NUESTROS GRABADOS

En el taller, cuadro de Richart.—Si el pintor que en su cuadro nos presenta Richart y que, á juzgar por la indumentaria, debió florecer allá por los primeros años de la última centuria, volviera á la vida y recorriera los estudios de sus colegas modernos, poca diferencia encontraría entre nuestros tiempos y los suyos en punto á mueblaje y decorado: las mismas arquillas, las mismas cornucopias, las mismas armas, constituyen hoy como constituían entonces el principal ornamento del taller, dejando aparte las instalaciones de algunos artistas de excepcional nombradía, que más que talleres son verdaderos museos. En cambio, ¡qué mudanza en lo que se refiere á tendencias y procedimientos artísticos! Vería poco menos que por los suelos el clasicismo en que él se inspirara, menospreciados los cánones que para él constituían como una religión, abandonadas las tendencias que él considerara intangibles y en su lugar entronizados el culto á la naturaleza vista á pleno aire y el predominio del realismo, á veces hasta repugnante, del impresionismo más ó menos sincero. Y es probable que dijera horrores de tal transformación y que tratara de convencernos de cuán errados son los caminos seguidos por los pintores de hoy en día, pero de fijo que sus sermones producirán en nosotros el mismo efecto que sin duda causarían dentro de cien años los que á nuestros contemporáneos inspiraran los procedimientos y las tendencias que seguramente entonces estarán en auge y que distarán tanto de los de hoy como éstos de los de hace un siglo.

Estatua de Shakespeare, obra de Otón Lessing.—Pronto se alzaré en Weimar, en donde con Goethe y con Schiller llegó el drama alemán á su apogeo, un monumento en honor de Shakespeare, á quien Alemania reconoce y venera como predecesor é inspirador de su propio arte dramático. En el concurso que se abrió hace algún tiempo fué premiado el proyecto del notable escultor berlinés Otón Lessing, del que forma parte principal la estatua que reproducimos. El inmortal dramaturgo lleva en una mano un rollo de papel y en la otra una rosa, y tiene á sus pies un cráneo cubierto con un gorro de bufón y una espada adornada con una corona de laurel, símbolos de sus grandes creaciones. La actitud de la figura es natural, familiar, por decirlo así, y al trazarla ha dejado el artista á un lado los convencionalismos que suelen prevalecer en esta clase de obras; la expresión de la cara es acertadísima, y en ella se adivina al hombre y al poeta que, libre de toda clase de preocupaciones, observa y estudia la vida que en torno suyo se desarrolla y penetra con intensa y segura mirada en lo más hondo del corazón humano.



En el taller, cuadro de Richart

está en los Cielos; mas á todo aquel que me negare ante los hombres, yo también le negaré ante el Padre.

— ¿Eres hijo de Dios?, interrumpió Ambrosio.

— Tú lo has dicho. Os he visto rezar según mi mandato: «cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y ora á tu Padre secretamente, y Él, que ve en lo secreto, te recompensará.»

— Rezábamos porque nuestra hija, que está muy enferma, sane.

— ¿Y creéis que Dios puede hacerlo?

— Si Él quisiera, ciertamente, exclamó Joaquina.

— Mujer, dijo el recién llegado, grande es tu fe. Tu fe te hará salva.

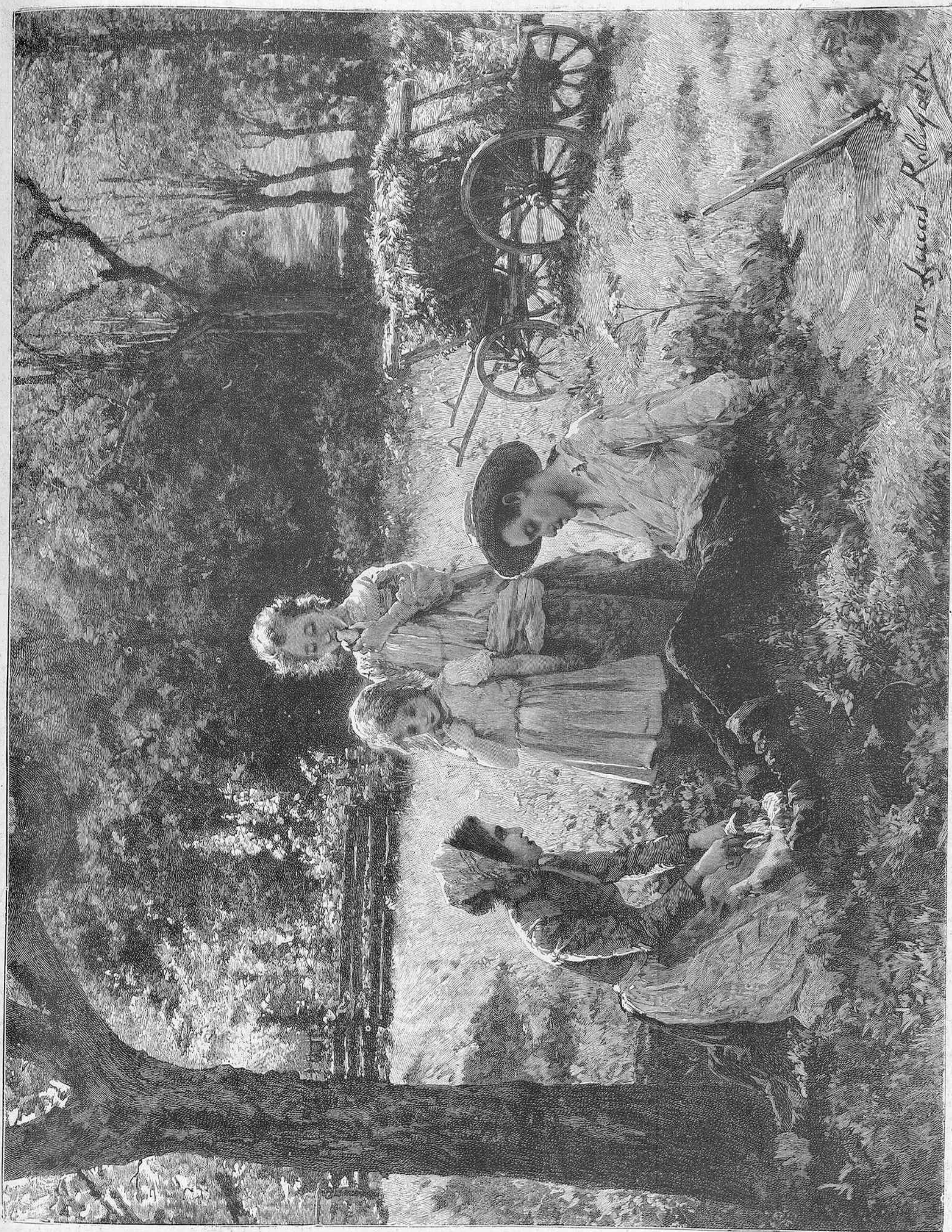
Enseguida se acercó á la cuna y descubrió á la niña, que le miraba sonriendo trabajosamente. Cuando la hubo desnudado del todo, mandó traer una vasija con agua y un pañuelo.

Los padres llevaron los objetos pedidos, sin saber qué pensar de aquel hombre extraño que se había presentado de tan misterioso modo: Una alegría insólita habíase apoderado de sus sencillos corazones. Desesperados de los recursos terrenales aferráronse á la idea de una celestial intervención, con el ansia del naufrago que alcanza un madero flotante.

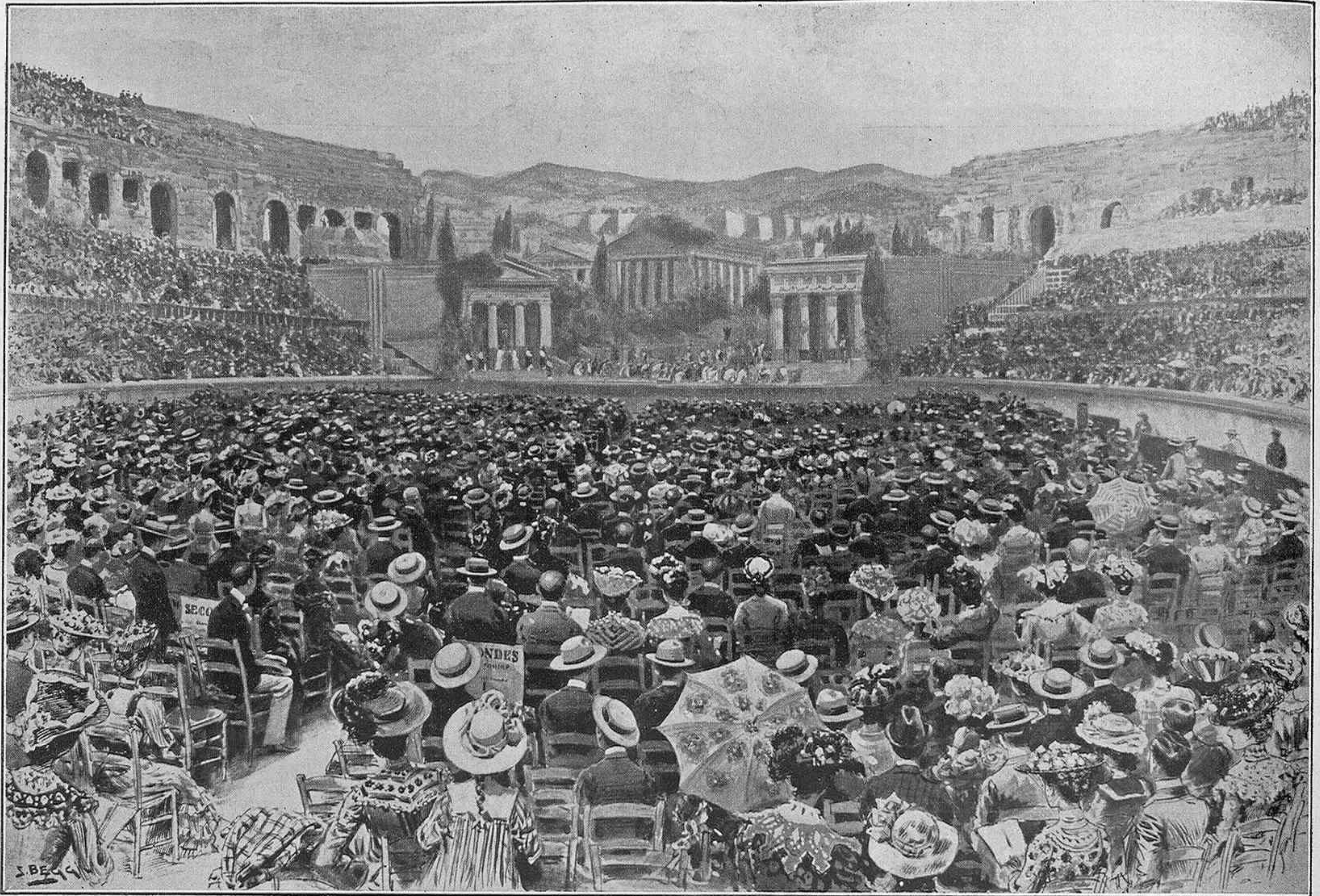
El desconocido tomó el paño, y empapándolo en agua, se puso á mojar el cuerpo de la paciente mientras ordenaba al padre encender leña en la chimenea.



EN FAMILIA, cuadro de Guillermo Leibl



UN ACCIDENTE, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet



REPRESENTACIÓN DE LA TRAGEDIA DE SÓFOCLES «EDIPO REY» EN LAS ARENAS DE NIMES, dibujo de S. Begg, tomado de una fotografía

Representación de la tragedia de Sófoles «Edipo rey» en las Arenas de Nimes.—La ciudad de Orange, en donde se inauguraron las representaciones al aire libre, no es la única en que se dan espectáculos de esta clase; en efecto, recientemente se ha representado en las Arenas de Nimes la grandiosa tragedia de Sófoles *Edipo rey*, con el concurso de varios artistas de la Comedia Francesa y del Odeón, en presencia de M. Doumergue, ministro de las Colonias, y de M. Roujon, director de Bellas Artes, y ante un público compuesto de millares de espectadores. La escena, que nuestro grabado reproduce estaba admirablemente dispuesta por M. Chambón, profesor de la Escuela de Bellas Artes; representaba la plaza pública de Tebas, viéndose á un lado el palacio de Edipo y un ara en donde ardía el incienso; á otro, el templo de Apolo, y en el fondo los dos templos de Palas. La obra maestra del inmortal poeta griego fué admirablemente interpretada y produjo un efecto indescriptible representada en aquel grandioso escenario iluminado por un sol espléndido y teniendo como fondo un grupo de montañas.

Esta fiesta coincidió con la inauguración de la estatua de un celebrado poeta nimese, A. Bigot, que falleció en 1897, y cuya memoria han querido honrar sus conciudadanos elevándole un monumento debido á Félix Charpentier.

Delante del espejo, cuadro de Alberto Herter.—Si examinamos atentamente las figuras y los objetos que constituyen este lienzo, habremos de confesar que la obra de Herter es un prodigio de ejecución; correctamente dibujados unas y otros, ofrecen en su conjunto y en sus detalles primores indiscutibles, sin que, á pesar de ello, los elementos accesorios distraigan la atención de los principales, ni éstos disminuyan en lo más mínimo el valor de aquéllos. Tiene además este cuadro una condición digna de elogio, y es la relativa sobriedad que en él se observa; y esta cualidad es tanto más meritoria cuanto que la mayoría de los artistas que dominan la técnica, como la domina el autor de *Delante del espejo*, generalmente incurren en el defecto de acumular en sus composiciones las dificultades de factura por el placer de vencerlas, sin tener en cuenta la índole de la obra y sin preocuparse de si tal procedimiento redunda en perjuicio del efecto total de la misma.

Agresión inesperada, cuadro de José Armet (de la colección de D. Enrique Batlló).—Formó parte Armet de aquel grupo de artistas meritísimos que constituyeron la vanguardia de los precusores ó anunciadores de la evolución que por fortuna se operó en nuestra patria. No es, pues, un pintor novel, antes al contrario; y si, malaventuradamente, la dolencia que le aflige nos priva hoy de admirar nuevas producciones, vivo está el recuerdo de las que ejecutó, que constituyen sus timbres artísticos y á las que debe la consideración y la simpatía que se le tributa. Dotado de especiales condiciones y aptitudes para reproducir la naturaleza, produjo bellísimos paisajes de nuestra tierra, que por sus contrastes, sus brillantes y jugosos tonos ó su severa grandiosidad, ofrecíanle tema para cantar sus bellezas y demostrar su espíritu observador. A este género pertenece el que reproducimos, que forma parte de la hermosa colección que posee el inteligente coleccionista D. Enrique Batlló.

En familia, cuadro de Guillermo Leibl.—Este pintor, uno de los más celebrados artistas alemanes modernos, fué un verdadero revolucionario, puesto que en una época en que en su patria imperaba casi en absoluto la tradición, rompió abiertamente con ella y se afilió con entusiasmo al naturalismo que en Francia cultivaba el gran Courbet. No hay que decir los sinsabores que esto le produjo, las severas censuras de que fué objeto; pero, haciéndose superior á los unos y arrojando valientemente las otras, acabó por imponerse, y cuando murió, en 1900, su muerte fué considerada como una pérdida inmensa para el arte alemán. La mejor demostración de lo que fué Guillermo Leibl está en esos cuadros que en distintas ocasiones hemos reproducido y en el que hoy publicamos, que data de 1870 y que, á pesar del tiempo transcurrido, conserva los encantos de las composiciones inspiradas en la verdad y exentas de efectos y convencionalismos tan efímeros como la moda que por un momento los engendrará.

Un accidente, cuadro de Mme. Lucas-Robiquet.—No hemos de describir el asunto de este cuadro, que sobradamente explican el título del mismo y el interesante grupo que forman los cuatro personajes, ni consideramos necesario llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de composición y factura que atesora, porque la obra de Mme. Lucas-Robiquet es de las que desde luego entran por los ojos y cautivan sin que sea menester hacer de ellas un detenido análisis. El paisaje, lleno de luz y de aire, es de una poesía encantadora; y en cuanto á los personajes, tienen una expresión tal, que fácilmente se adivinan los sentimientos que á cada uno animan.

Paisaje de primavera, cuadro de José María Marqués.—Son tantas las veces que nos hemos ocupado de las obras de nuestro antiguo y querido colaborador José María Marqués, que estimamos ociosas cuantas consideraciones pudiera sugerirnos el bellísimo lienzo que en el presente número publicamos. Damos, pues, por reproducidos todos los elogios que, haciendo estricta justicia á sus relevantes méritos, le hemos dedicado en otras ocasiones, y nos felicitamos de que tan notable artista continúe por la senda desde sus comienzos emprendida, es decir, rindiendo culto á la naturaleza, estudiándola con cariño, sintiéndola como verdadero enamorado y como poeta y trasladándola al lienzo con gran maestría.

Bellas Artes. — BARCELONA.—En este período canicular en que anualmente queda en suspenso la producción artística, han roto el previsto quietismo un dibujante distinguido y un industrial inteligente, llamando la atención del público y de todos aquellos á quienes interesa cuanto con el arte se relaciona. El ya conocido caricaturista Sr. Cornet, cuyos chispeantes é intencionados dibujos revelan la facilidad que posee para el cultivo de este difícilísimo género y á la vez un agudísimo espíritu ático, ha expuesto en el Salón Parés varios ex-libris, que denotan su cultura é ingenio y que sirven para dar á conocer una fase del laborioso dibujante. No menos encomio merece el constructor de muebles don Juan Busquets, quien á su vez ha expuesto en su estableci-

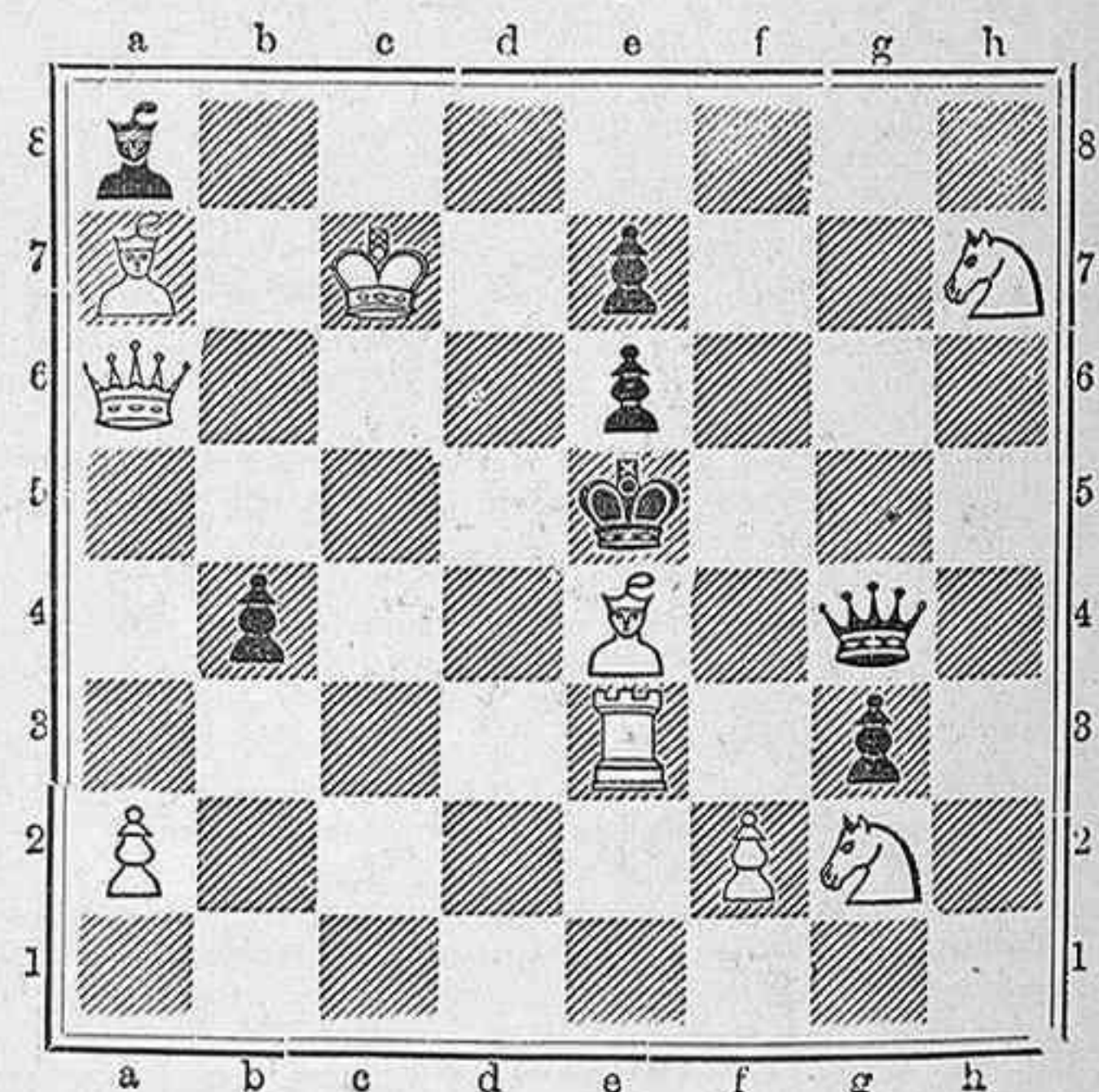
miento de la calle de la Ciudad tres mobiliarios de diverso estilo, de esmeradísima construcción y exquisito gusto, demostrando con ellos el progreso realizado por las artes suntuarias en nuestra ciudad.

Uno y otro merecen plácemes, puesto que en su respectiva esfera de acción cumplen como buenos y demuestran cuánto puede obtenerse con el auxilio del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 333, POR M. FEIGL.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 332, POR K. BAYER

- | | |
|---------------------|-------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cc3-a4 | 1. b5xa4 |
| 2. De2-d1 jaque | 2. Cf2xd1 ú otra. |
| 3. Te8-e4 ó D mate. | |

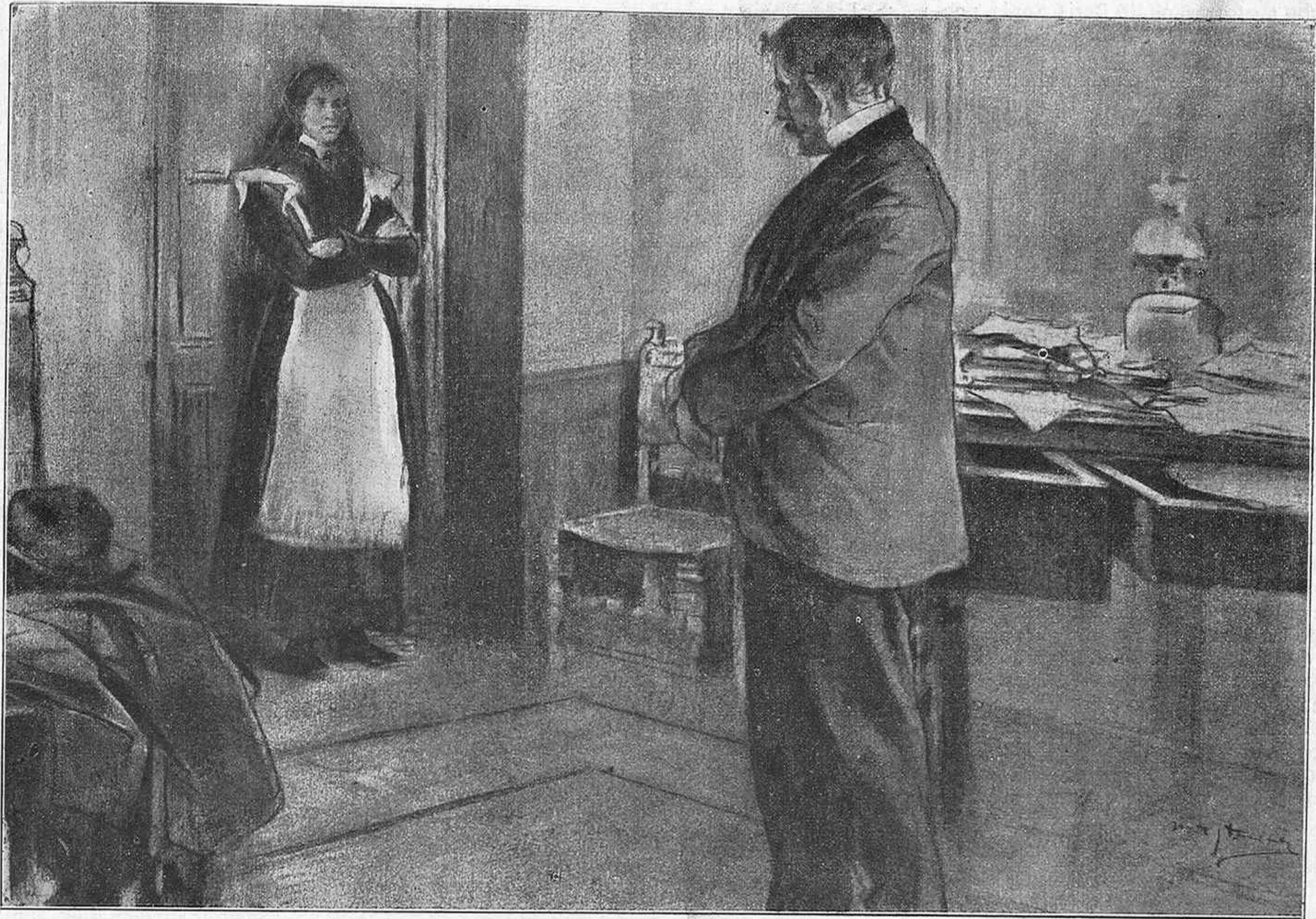
VARIANTES.

- | | |
|---------------------|---------------------------------|
| 1..... Tc5-c2; | 2. Te3-e4 jaque, etc. |
| 1..... Dh6xe3; | 2. De2xe3 jaque, etc. |
| 1..... Cf2-g4 jaq.; | 2. De2xg4 jaque, etc. |
| 1..... Cg7xe8; | 2. De2-d2 jaque, etc. |
| 1..... Ah3-f5; | 2. De2-b2 jaque, etc. |
| 1..... Otra jug.º; | 2. De2-d2 ó b2 ó Te4 jaq., etc. |

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



Boris, admirado, se detuvo y la miró

- Perdone usted, Boris Ivanovitch, dijo restregándose los ojos con el revés de su mano; no le había oído entrar.

El joven había cogido el cartapacio y el modelo y los examinaba con atención.

- ¡Cómo! ¿Aprendías á leer y escribir sola?, le dijo con acento de incredulidad.

- No aprendo, amo mío; lo pruebo solamente, contestó Sonia con ademán asustado; pero si no lo quiere usted, no lo haré.

- ¿Que si no quiero? ¿Me tomas por un imbécil?, replicó Boris medio enfadado, medio riendo. ¿Por qué no me has dicho que tenías ganas de aprender? Yo te habría enseñado. ¡La verdad es que te ha costado mucho hacer esos garabatos!

Y diciendo esto examinaba sonriendo el cartapacio. La muchacha vió que no se refa de ella, á pesar de su aire burlón, y respiró más desahogadamente.

- ¿Es verdad que me enseñará usted, amo mío?, dijo con voz tan cariñosa y tan femenina que Boris quedó sorprendido.

- Ciertamente; pero ve á acostarte, pues hace dos ó tres horas que debieras estar en cama.

- ¡Oh!, dijo riendo Sonia, he dormido bien.

Había recobrado de pronto la alegría.

- Bueno, pues yo necesito dormir, repuso Boris seriamente; ve á acostarte.

- ¿No necesita usted nada?

- No, gracias; buenas noches.

- Buenas noches, amo mío.

Sonia se retiraba contenta; estaba ya cerca de la puerta cuando, á impulsos de una explosión de contento, volvió de un salto adonde estaba su amo y riendo hundió la cabeza en el abrigo de pieles que Boris acababa de dejar encima de una silla.

- ¡Cuán bueno es usted, Boris Ivanovitch! ¡Que Dios le proteja!, exclamó.

Y esto diciendo, cogió el abrigo, que era mucho más largo que ella, y salió silenciosamente.

Boris se rió con aquella risa producida por la emoción que á veces la joven hacía asomar á sus labios.

Desde que había perdido á su madre, sentía más

apego hacia la huérfana; en ella le parecía hallar algo de la querida muerta. Sonia tenía inflexiones de voz y gestos que le recordaban los de la adorada ausente. A lo menos, tal creía Boris que era el motivo de su afección por la pequeñuela.

- Aprenderá cuanto quiera, se dijo; debí haber pensado en ello, pero recuperaré ahora el tiempo perdido.

Se sentó ante su escritorio en el sitio que Sonia acababa de abandonar, y la imagen de Lidia con su traje plateado y sus hermosas facciones surgió en seguida ante su imaginación.

- Me he prometido no pensar en ella y cumpliré mi promesa, se dijo.

Y cogiendo sus papeles, reanudó el trabajo que había dejado interrumpido por la mañana, y no lo dejó hasta que le rindió el sueño, cuando las campanas tocaban á maitines.

XXII

Al día siguiente, al despertar, Boris se decidió, para poder hablar con Lidia sin testigos, á enviar á Sonia á un recado.

Cuando daban las diez y acababa de tomar el te é iba á poner en ejecución su pensamiento, sonó un violento campanillazo que le hizo saltar de la silla. Antes de que tuviera tiempo de reflexionar lo que debía hacer, Sonia había abierto la puerta y una voz varonil y alegre despertaba los ecos de aquella casa.

- ¡Goreline!, se dijo. ¿Quién podía pensar que vendría tan pronto? Y ahora no habrá modo de quitármelo de encima.

En aquel mismo instante el general hizo irrupción en su cuarto, seguido de Sonia, que radiante de alegría le pisaba materialmente los talones.

- ¡Eh! ¡Eh, joven!, ¿no me esperaba usted tan pronto?, exclamó estrechando la mano de Boris.

- En efecto, balbuceó éste, no suponía...

- Es que he salido de mi casa para ir á misa y luego al mercado. Tenemos convidados; el general Troubine, un adorador de mi hija...

Al decir esto, Goreline adoptó un aire de impor-

tancia, al que en seguida sucedió una expresión lastimosa mientras añadía:

- ¡Es una cosa muy seria ir al mercado, Boris Ivanovitch! Los vendedores no son razonables y mi mujer...

Detúvose un instante como para calcular lo que le costaría la comida, y el cálculo le devolvió su buen humor, porque añadió con acento alegre:

- Pero me he dicho que en vez de ir al mercado podía venir á ver á usted y á Sonia, y aquí me tienen ustedes. ¿Estás contenta, Sonia, de volver á ver tu viejo general?

Y puso afectuosamente su mano sobre la cabeza de Sonia, como hacía antes en la terraza del castillo.

Aquel gesto despertó mil recuerdos en el corazón inquieto de Boris. ¿Vendría Lidia, como en aquel tiempo, á juntarse con ellos vestida con su traje lila?

- ¿Y no puede usted estar mucho rato con nosotros, general?, preguntó el joven, dispuesto á salir si no hallaba mejor sistema de alejarlo.

- Sólo un minuto; pero lo suficiente para tomar un vaso de te si me lo ofrece usted, dijo el buen señor sentándose cómodamente en el sillón que Boris acababa de abandonar.

- Ciertamente, contestó el joven. Tengo algo que hacer, pero no corre prisa.

- ¡Oh! No se moleste usted por mí, dijo el general; si quiere salir, me quedaré un ratito con Sonia.

Esto era todavía menos del gusto del joven, quien se apresuró á dar una taza de te bien frío á su importuno visitante.

El reloj de cuco dió las diez y media. Boris, magnetizado, seguía el movimiento de las agujas del suyo que estaba sobre la mesa, mientras el general les dirigía á él y á Sonia, que permanecía de pie, mil preguntas, á las cuales respondía el joven lo mejor que podía, resuelto á coger su abrigo de pieles cuando dieran las once menos cuarto, y á ir á esperar á Lidia á la puerta de la calle para evitar que entrase.

Por fin el general, después de tomado el te, se acordó de que el mercado estaba lejos y de que te-

nía aún muchas cosas que hacer. Levantóse y se dirigió á la antesala, acompañado por Boris, á quien la sangre le hervía en las venas, mientras Goreline se ponía lentamente el abrigo y los chanclos. Cuando ya iba á abrir la puerta, ocurriósele al general una idea.

— ¿Quiere usted prestarme á Sonia?, le dijo. Llevará las provisiones á casa; nadie la conoce, y me parece que será más conveniente que sea ella y no yo quien lleve los paquetes.

— Con mucho gusto, respondió Boris. Sonia, ponte el abrigo, de prisa, ¿oyes? No hagas esperar al general.

El reloj daba las once en el momento en que la muchacha, bien arropada, reapareció en la antesala.

— Hasta la vista, general, dijo el joven lleno de impaciencia. Vuelva usted pronto á vernos. Supongo que me dispensará si no le devuelvo la visita.

— ¡Sí, hombre, sí!, contestó el general riendo, mientras bajaba la escalera. Está usted tranquilo; volveré.

Nada se oía ya. Boris cerró sólo una de las dos puertas de la antecámara á fin de poder percibir el menor ruido y se instaló de nuevo en la pieza que le servía de salón y precedía al dormitorio.

Los terrores que acababa de experimentar habían alterado sus nervios, y la espera de la que iba á llegar no era á propósito para tranquilizarlos. Boris sentía que su memoria y su presencia de ánimo flaqueaban, pero haciendo un esfuerzo violento, despertó sus facultades entorpecidas y se puso á escuchar atentamente.

Dieron las once y media, y el sonido agudo del timbre del reloj resonó largo tiempo en la soledad de la habitación. Boris escuchaba con todos sus sentidos; figurábase que podría oír el roce del vestido de Lidia al través de la gruesa puerta de la escalera. Pero no turbaba el silencio ningún rumor: la nieve medio derretida amortiguaba el ruido de los carruajes y los trineos se deslizaban silenciosamente por debajo de las ventanas herméticamente cerradas. Aquella calma hacía daño á Boris que, medio alucinado, llegó á pensar por un momento que estaba muerto y que se habían olvidado de enterrarle; pero hizo un movimiento y el hechizo se desvaneció.

Sonó al fin en la antesala la campanilla de la puerta agitada por una mano febril. Boris apresuróse á abrir, y una forma humana vestida con traje negro y cubierto el rostro por un triple velo, pasó rápidamente por delante de él y no se detuvo hasta llegar al salón. Boris cerró la puerta, y jadeante, pálido de emoción, detúvose delante de aquella mujer.

— Soy yo, dijo Lidia apartando su velo.

La luz del día la favorecía menos que la artificial. En su tez empezaban á marcarse ligeras líneas que luego se convertirían en arrugas; sus dientes no mostraban el esmalte de años antes; sus ojos tenían una expresión dura dentro de sus órbitas ligeramente enrojecidas, y en sus mejillas se veía aquel color especial de rosa ajada que ostentan todas las mujeres que se retiran tarde.

La noche antes, Lidia había parecido á Boris una criatura hermosa de veinte ó veintidós años; ahora parecía una joven de veinticinco algo gastada.

Sólo habían transcurrido tres años desde el día en que junto á la fuente había dicho á Boris: «¡Te amo!» ¿Qué había sido de la flor de sus diez y ocho años?

— Soy yo, repitió.

Y se sentó en un sillón.

Si hubiese sonreído, hecho un gesto, dicho una palabra, Boris habría caído de rodillas; los años de ausencia y de olvido se habrían borrado con una sola mirada tierna; el corazón de su amante hubiese latido como en otro tiempo, pues no podía olvidar de ninguna manera que ella había sido su primero y único amor; pero la mirada era indiferente, el seno no se agitaba sino de terror y los labios no tenían aquel pliegue que atrae el beso.

— Doy gracias á usted por haber venido, dijo Boris calmándose súbitamente.

Su amor agonizaba.

«Nunca me ha amado, se dijo; ¿qué puede querer de mí?»

Aquella misma pregunta bajo otra forma se escapó de sus labios, casi á pesar suyo:

— ¿Tenía usted algo que decirme?

Lidia se mostraba un tanto inquieta, pues la sangre fría del joven la desorientaba; después de las palabras de la noche anterior, esperaba otra acogida. Quizá había preparado una escena de enternecimiento, y de repente le veía ante ella, serio y tranquilo como un juez aguardando sus palabras.

«Ya sabía, díjose para sus adentros, que no tenía corazón.»

Y después de haber formulado este juicio, no se tomó ya la pena de disimular.

Sacando de su dedo la sortija que Boris le había dado en la estación el día de su marcha, y que jamás había llevado, se la tendió sin decir una palabra, y viendo que el joven no avanzaba la mano para tomarla, la dejó en la mesa que tenía delante. Boris siguió con los ojos aquel movimiento y quedó inmóvil mirando cómo brillaba el círculo de oro sobre la oscura madera.

¡Si Lidia hubiese sabido que en aquel mismo momento en el corazón del joven se rompía un muelle vital; si hubiese adivinado que todas las potencias de su alma unidas en aquel trozo de metal pedían gracia bajo el golpe que las hería; que los labios del joven estaban cerrados por temor de dejar escapar un torrente de reproches y de lágrimas!

Nada supo, nada adivinó, y miró á Boris con asombro.

— ¿De modo que todo ha concluído?, preguntó éste en voz baja después de un largo silencio.

Lidia no respondió y bajó los ojos.

— Lidia, ¿me amaba usted cuando recibí esta sortija?, continuó con voz triste, pero ya severa.

La joven, no queriendo ni pudiendo responder, continuó guardando silencio.

— Si no me amaba usted entonces, ¿cuándo me ha amado?

Un destello de cólera brotó de los ojos entornados de la joven.

— ¿Reproches á ella? ¿Con qué derecho aquel extraño le hablaba así? Sin embargo, se contuvo.

— Yo la amaba á usted, continuó Boris con la misma voz grave y casi sin inflexiones, y á pesar de ello, no he querido encadenarla. No he implorado el cariño de usted; la he dejado dueña de su suerte, y es usted quien ha escogido. ¿Por qué ha aceptado mi amor si no me amaba?

— He venido á pedirle á usted las cartas que le he escrito, dijo bruscamente la señorita Goreline levantándose; he aquí lo que tenía que decirle, traigo prisa y no quiero esperar.

Boris, inmóvil, la miraba con rostro á la vez severo y compasivo.

— ¡Si supiera usted lo que ha perdido!, exclamó. La amaba como nadie la ha amado, como nadie la amará. Si lo hubiese usted querido ayer, y aun ahora, hubiese caído á sus pies y la hubiese adorado. Y usted... ¿Qué necesitaba? ¿Por qué ha venido? ¿Pensaba usted que no sufriría bastante viéndola tal como ahora es?

La cólera subía á las mejillas y á los ojos de Lidia, que en aquellos momentos se parecía de un modo lamentable á su madre.

— He venido porque quería mis cartas. Devuélvame las usted.

— Habría podido escribirme diciendo que las quemara. Lidia, ¿por qué ha mentado usted diciéndome que me amaba?

Le hablaba con dulzura, como á una niña culpable: quizá esperaba vagamente que pronunciara una palabra, que lanzara una mirada que permitiese recordarla sin amargura y sin desprecio.

— No quiero recibir reproches de usted, contestó ella en el paroxismo de su cólera. Quien los merece es usted, que ha abusado de mi juventud para seducirme y empeñar mi palabra, cuando yo no sabía lo que hacía; usted, que me ha hecho perder un brillante matrimonio con Armianof á los diez y siete años, y que quisiera todavía impedir que me casara ahora. Pues bien, sí, me voy á casar y quiero mis cartas, ¿lo oye usted?

— ¿Se va usted á casar con el general que estaba con usted la otra noche?, replicó Boris.

— Y eso, ¿qué le importa á usted?, repuso con insolencia la joven; ¡vengan mis cartas!

Boris quitó de su dedo la sortija igual á la que brillaba sobre la mesa, cogió ésta, y abriendo la ventana y después de mirar las dos sortijas durante un momento, las lanzó á la nieve, que las cubrió en seguida.

Si entonces Lidia se hubiera echado á su cuello diciendo «¡Perdóname!», quizá hubiese perdonado todavía. Cerró el cristal, se volvió hacia ella, que le miraba sin decir una palabra, y añadió:

— Voy á darle á usted sus cartas.

Y entró en su cuarto.

Al quedar sola, Lidia sintió miedo: la tranquilidad del joven no le parecía natural.

— Debe estar loco, pensó.

De pie en medio del salón, temblando de impaciencia y de temor, oía el ruido que hacía Boris moviendo los papeles. En un momento dado, sintió el sonido metálico que produjo un objeto en el que Boris había tropezado y creyó que armaba una pistola. Loca de terror se precipitó hacia la antesala

disponiéndose á gritar, cuando Boris apareció de nuevo en el dintel de la puerta.

— He aquí todas las cartas, señorita, dijo presentándole el paquete; cuéntelas usted.

— Es inútil, dijo Lidia roja de vergüenza.

— Se lo pido, respondió el joven, y si me queda un derecho, es el de decir: ¡lo quiero!

Lidia le miró y leyó en sus ojos todo el desprecio que merecía.

— Pues yo no quiero, dijo apoderándose del paquete.

— ¡Yo lo exijo!, contestó Boris deteniendo su movimiento con mano inexorable.

La joven quedó inmóvil, asustada de aquella calma y de aquella implacable resolución, y se puso á hojear precipitadamente las cartas con la mano que le quedaba libre.

— La cuenta está cabal, dijo con voz sofocada.

El joven abandonó el brazo que había retenido hasta entonces.

— ¿No tiene usted nada más que pedirme?, preguntó cortésmente.

— Boris Ivanovitch, murmuró Lidia turbada y á punto de llorar, ¿le he disgustado, quizás?

La fuerza física la había vencido y casi sentía ganas de pedir perdón.

— ¡Oh! No vale la pena de hablar de ello, dijo Boris con el mismo tono amable y frío.

Lidia se dirigía hacia la antesala, cuando la puerta se abrió bruscamente y Sonia entró, seguida del general Goreline, que exclamó sin ver á su hija:

— He olvidado mi tabaquera aquí, Sr. Grebof.

Advirtiendo la presencia de una señora que le volvía la espalda, se detuvo muy perplejo. Los cuatro personajes, tan extrañados unos como otros, estaban inmóviles y mudos.

Goreline examinaba atentamente á la dama velada. Un gesto involuntario y sobre todo el vestido le revelaron la verdad.

— ¡Cómo! ¿Eres tú, Lidia? ¿Eres tú?

Diciendo estas palabras, el general tenía lo menos cinco pulgadas más de estatura.

— ¿Qué haces aquí?, añadió.

— Y usted mismo, papá, ¿qué hacía?, preguntó la joven á su vez.

— ¿Yo? Esa no es cuenta tuya; pero tú...

— Le he buscado para ir á la iglesia, me han dicho que acababa usted de salir y le he seguido. ¿Ha olvidado usted su tabaquera? A fe que se pondrá contenta mamá cuando le diga que visita usted la casa del peor enemigo de nuestra familia.

La estatura del general había vuelto á su altura ordinaria.

— Has venido para saber dónde yo estaba y resulta que es en casa de un joven que te ha pedido en matrimonio hace algún tiempo, y á quien tú amabas...

Lidia golpeó con el pie en el suelo.

— Pues bien, vamos. Vamos á ver á mamá y le diré dónde está usted en tanto que le cree en la iglesia.

— Sr. Grebof, dijo de repente el general cruzándose de brazos y volviéndose hacia el joven, ¿puede usted darme su palabra de que mi hija no ha venido aquí á una cita de amor?

— Por lo que toca á esto, general, se la puedo dar absoluta. Entre la señorita y yo no puede haber nada que se parezca á amor.

— Vámonos, papá, vámonos, dijo Lidia con voz sorda; y si dice usted á mamá que me ha encontrado aquí, yo le diré lo amigo que es usted de este caballero.

El general se dejó arrastrar fuera de la casa. La puerta había quedado abierta, y durante un momento se oyó la voz de Lidia que reñía á su padre. Después, nada más; todo quedó en silencio, y Sonia, consternada, cerró la puerta.

— No esté usted aquí, amo mío, que hace frío, dijo á Boris, que continuaba en el mismo sitio.

Le tomó por la mano y él se dejó conducir hasta su cuarto. La piquetista cerró cuidadosamente la puerta del salón, avanzó un sillón á su amo, empujó el cajón abierto, cerró el secreter y miró al joven con ojos en que brillaba una ternura llena de piedad.

Inmóvil y todavía conmovido, miraba fijamente su mano sin la sortija; Sonia se retiró discretamente y cerró la puerta.

Al cabo de un instante, Boris volvió al sentimiento de la realidad.

— ¡Miserable!, exclamó en voz alta levantándose furioso. ¡Miserable! Todo lo ha arrancado y todo lo ha roto. Ni siquiera puedo compadecerla. Sólo puedo despreciarla.

Se echó sobre la cama y dejó correr lágrimas de rabia; poco á poco el pesar reemplazó á la cólera, y al

recordar que había vivido tres años esperando este día que había dado fin á todas sus esperanzas, apoderóse nuevamente de él la cólera y luego el desprecio.

Se había levantado, y andaba á pasos lentos y mesurados por su cuarto. ¿Qué meditaba? ¿Una venganza, quizá? Una de esas venganzas que hieren irremediabilmente al mismo que las realiza.

El día terminaba y Boris no había tomado ningún alimento; la fiebre le devoraba y continuaba andando por su cuarto. La puerta se abrió y Sonia apareció en el dintel.

— ¿Come usted en casa, amo mío? La comida estará hecha dentro de una hora.

— No quiero comer en ninguna parte, déjame tranquilo.

Pero Sonia, en vez de marcharse, dió dos pasos y cerró la puerta detrás de ella.

— Amo mío, dijo con voz firme, cuando murió su santa madre, que Dios tenga en el paraíso, era usted muy desgraciado, pero no estaba tan triste.

Boris, admirado, se detuvo y miró con aire interrogador á la muchacha.

— Perder su madre es una gran desgracia; y la de usted era una santa, añadió Sonia con voz temblorosa. Estaba usted triste, pero no colérico como hoy..., sabía que era la mano de Dios que le hería y no ha protestado usted... ¿Por qué, pues, hoy monta en cólera?

— ¿Quién te ha dicho?..

Ella le interrumpió:

— ¡Es un pecado, amo, un terrible pecado! Ninguna desgracia más grande puede acontecerle que la que le sucedió en Navidad: ¿Por qué ahora parece usted más desgraciado que entonces?

La débil voz de la niña era grave y llena de autoridad. En la sombra cada vez más espesa, con los brazos caídos á lo largo de su vestido obscuro y á pliegues, parecía una estatuita de la Edad Media, una de esas vírgenes rígidas y candorosas que causan la admiración de los pintores de hoy día.

— Está mal hecho, amo mío, dejar que se le turbe el corazón por pensamientos indignos. La señorita no le amaba á usted. Es una mala mujer, como su madre, ya lo sabía allí, en su casa, en el campo.

Boris hizo un movimiento.

— Va usted á decirme que no soy sino una sirviente, amo mío, y que esas cosas no me incumben; pero su madre le amaba á usted, y si ella estuviese aquí, estoy segura que pediría á Dios que cambiara el corazón de usted.

El timbre grave y puro de la voz de Sonia había vuelto á adquirir toda su firmeza. Con los brazos modestamente cruzados sobre el pecho, inmóvil, esperaba una contestación ó un reproche.

La noche había cerrado. Boris no andaba ya, y con la cabeza inclinada, parecía escuchar una voz interior.

— ¡Sofía!, dijo al cabo de un momento de silencio.

Al oír aquel nombre de «Sofía», que jamás pronunciaban los labios de su amo, la muchacha, acostumbrada á otro más familiar, levantó un poco la cabeza y esperó.

— ¿Sabes lo que quiere decir tu nombre en griego?, preguntó Boris casi sonriendo.

— No, amo mío.

— Significa «sabiduría», y el nombre te cuadra perfectamente. Enciende la lámpara y tráela.

Sonia salió silenciosamente y volvió en seguida trayendo la lámpara. Antes de dejarla se detuvo detrás del sitio habitual de Boris, buscando el mejor punto en que ponerla sobre la mesa, atestada de objetos.

En aquella misma postura estaba, tiempo antes, detrás del sillón de la señora Grebof, en el momento en que su hijo advirtió su muerte.

Impresionado por aquel recuerdo, Boris dió un paso hacia adelante y Sonia levantó los ojos hacia él. ¡Cuánta ternura, cuánta luminosidad y cuántos reproches en aquella mirada infantil!

Apenas había dejado la lámpara y la niña se disponía á marcharse, cuando el joven se aproximó á ella y la detuvo con un gesto.

— ¿Quieres aprender á leer y á escribir?, dijo con voz completamente tranquila.

— Ciertamente, amo mío.

— Siéntate, pues, dijo poniendo la mano sobre su cabeza con un ademán de autoridad; voy á darte la primera lección.

Y durante más de una hora se entregaron á los misterios del alfabeto.

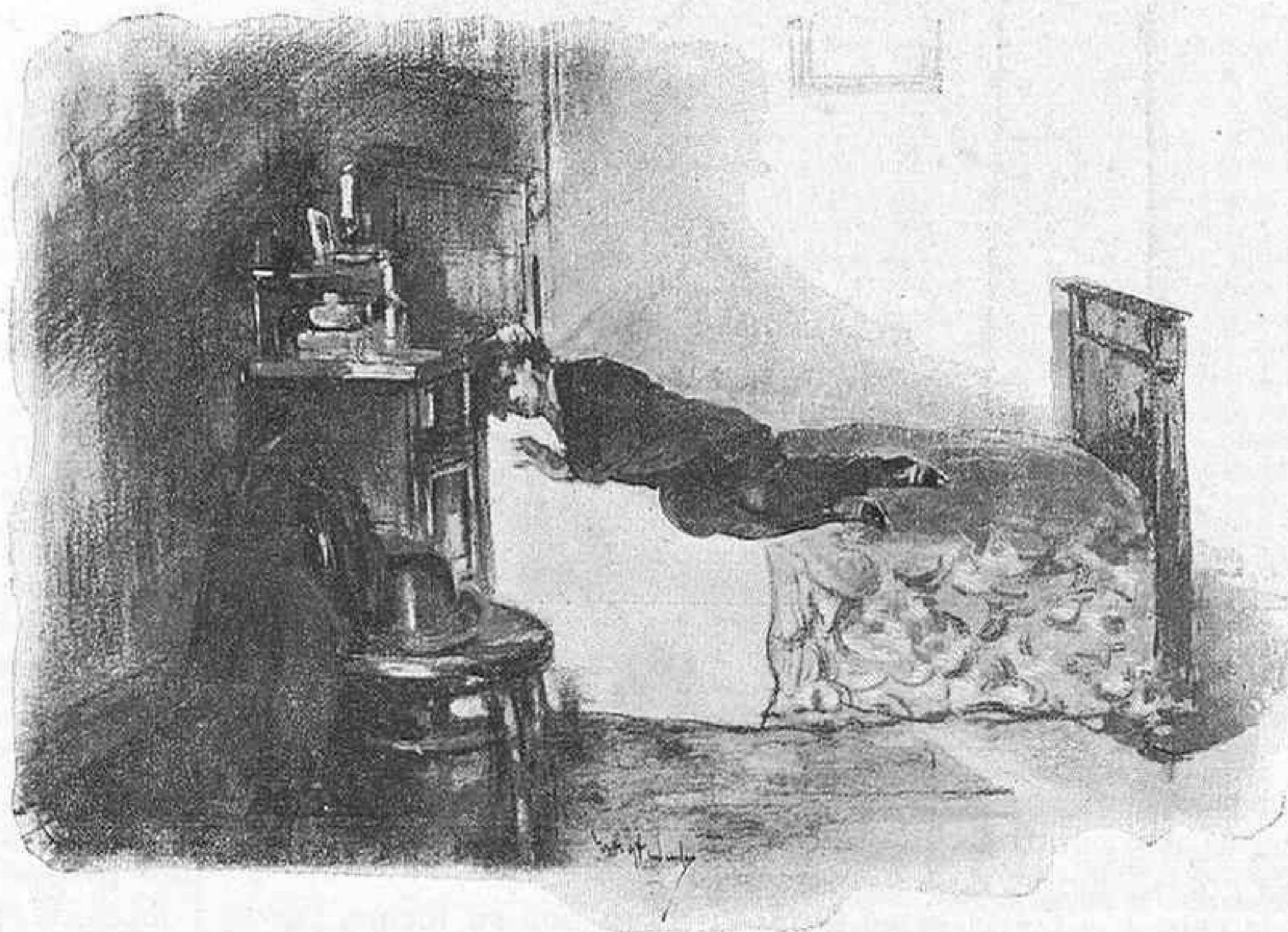
XXIII

Tres meses transcurrieron. Los Goreline habían vuelto al campo y Lidia no se había casado. Boris supo estos detalles en casa del profesor B..., pues no había vuelto á ver al general.

Moscú se despoblaba; todo el mundo salía al campo. Cediendo á los ruegos de Sonia, Boris se decidió á ir á presenciar la recolección en Grebova, aquella hacienda en miniatura que á la pobre muchacha se le antojaba una de las mayores de Rusia.

Cuando se preparaba á marchar, recibió un día la visita inesperada del príncipe Armianof.

— ¿Quizá había usted imaginado que pasaría por Moscú sin venir á verle?, exclamó el príncipe alegremente, mientras por las abiertas ventanas pene-



Boris se echó sobre la cama y dejó correr lágrimas de rabia

traba el perfume de los retoños de abedul. El campo nos atrae en esta estación y Moscú está muy feo bajo su triple capa de polvo; pero antes hubiera estado aquí ocho días que dejar de verle á usted, y en caso necesario habría ido á Grebova.

— ¿Partamos juntos?, dijo simplemente Boris.

— ¿Mañana por la mañana?, replicó su huésped.

— O esta noche, si quiere usted.

— Pues sea esta noche, repuso el príncipe: tomaremos mi carretela. ¿Viaja usted solo?

— No, me llevo á mi ama de llaves.

— ¿Pesa mucho? ¿Serán bastantes resistentes los muelles de mi carruaje para llevarla?, preguntó Armianof con expresión de cómica angustia, recordando á la casera de su hacienda, que de fijo pasaba de los cien kilos.

— Ahí la tiene usted, contestó Boris señalando á Sonia, que entraba en aquel momento con una bandeja llena de tazas y jarros para ofrecerles el te tradicional.

— ¿Y á esto llama usted un ama de llaves?, exclamó Armianof. ¡Si no pesa nada, amigo mío!

Sonia contemplaba con aire asombrado al príncipe, el cual la reconoció por haberla entrevistado una vez, hacía años, en el imperial de la diligencia.

— ¿Se acuerda usted de aquel tiempo, Grebof?, dijo el príncipe suspirando. ¡Ah, era la gran época de nuestra vida! Entonces éramos jóvenes.

Los dos amigos partieron en la calesa, como el día en que Armianof había corrido tan locamente detrás de Boris, que iba en la diligencia, acompañado de su protegida. Ahora Sonia iba en el pescante, al lado del cochero.

Durante los pocos días que Armianof pasó en Grebova, los dos amigos se contaron una porción de aventuras. Pero había un tema que ni uno ni otro se atrevían á abordar.

Armianof, sin embargo, quería hablar de ello, y el día antes de su partida, aprovechando ese instante en que la gente que va á separarse por largo tiempo se halla más dispuesta á las confidencias íntimas, llevóse á Boris á dar un largo paseo y le habló como creía que debía hacerlo.

— ¿Piensa usted quedarse en Moscú?

— Creo que sí. La vida en San Petersburgo es demasiado agitada, y en Moscú me es más fácil el trabajar y aislarme.

— Nuestro amigo el filólogo, repuso el príncipe, me ha encargado que le presentara á usted á muchos amigos suyos que le pueden ser útiles, y esto lo

haré en otoño, á mi regreso, porque ahora todos los pájaros han volado.

Boris le dió las gracias, y el príncipe, después de un momento de silencio, continuó no sin cierta vacilación:

— ¿Se casa usted?

— No, contestó Boris.

La sangre le subió al rostro; el dolor, casi olvidado, despertó de nuevo, y su corazón sintió sorda cólera contra Lidia. Armianof vió que había dado en el blanco.

— ¿Ha vuelto á ver usted á la señorita Goreline?

Boris no contestó; Armianof, poniéndole la mano en el brazo, díjole con insistencia:

— No quiero disgustar á usted, sino por el contrario, hacerle un favor, créalo. ¿Le he engañado jamás?

Boris alzó los ojos, y la expresión afectuosa de aquel rostro vuelto hacia él, devolvió á su espíritu una especie de calma.

— Pues bien, sí, la he visto.

— ¿Y no le ha cumplido á usted su palabra?

— No soy ni el primero ni el último á quien le ha tocado en suerte esta calamidad, respondió Boris con cierto despecho.

— Es verdad, repuso suspirando Armianof, que tal vez había también participado de un pesar análogo; estaba seguro de que acabaría así, y si se lo hubiese dicho á usted, quizás le habría ahorrado algunos años de incertidumbre; pero hay cosas que deben callarse, so pena de pasar por un mal hombre.

— ¿Cómo podía usted preverlo?, preguntó Boris sin gran extrañeza.

— ¿Está usted ya repuesto del primer golpe? ¿Puedo decirle todo lo que pienso?

— Sí, contestó Grebof desviando la mirada, como si quisiera concentrarse dentro de sí mismo en previsión de un nuevo dolor.

— La señorita Goreline no le amaba á usted ni podía amarle, dijo Armianof con acento pausado é igual para mejor imprimir su pensamiento en el ánimo de su amigo. No podía amarle porque es por naturaleza coqueta y frívola, enamorada del lujo y de los placeres de amor propio, y además inaccesible á los sentimientos más elevados. Y no es que yo la incrimine, añadió viendo que Boris contenía un movimiento; Lidia es tal cual la han hecho la naturaleza y la educación, y en el fondo no la creo mala; vale, ó por lo menos valía, cien veces más que su madre, que ha envenenado la existencia del viejo Goreline, el más bueno de los hombres; pero dados sus disposiciones naturales y el medio en que ha vivido, no podía ser más que lo que es. Casada á tiempo con un hombre honrado de mediana fortuna, creo que habría sido una esposa virtuosa y una buena madre de familia; pero jamás habría podido ser la compañera de usted, señor Grebof, porque usted le pedía algo que ella no podía dar; usted quería ante todo su amor, y ella no puede amar.

— ¡Pero entonces me amaba!, exclamó Boris vencido por un amor retrospectivo que le hizo casi tanto daño como en el mismo momento en que lo experimentara.

— No, amigo mío, prosiguió diciendo Armianof con firmeza, no le amaba á usted. En el instante en que le prometía ser su esposa, le imbuían la idea de que había de serlo mía, y ella escuchaba á los que así le hablaban, no sólo sin protestar, sino, por el contrario, sonriendo.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?, preguntó Boris con cierto acento de cólera que le fué imposible dominar.

Le repugnaba pensar que había sido traicionado entonces, aun sabiendo con seguridad que lo había sido después.

— Me lo dijo mi nodriza, que lo sabía por los criados de Goreline, y que me lo contó todo después que usted se hubo marchado. Además, precisó era que la cosa fuese visible, puesto que yo mismo, al saber que usted había partido tan repentinamente y al adivinar que ustedes dos se amaban, comprendí que me habían engañado..., sí, engañado, porque Lidia me había dado el derecho de suponer que yo le gustaba.

Boris guardó silencio: la evidencia que le abrumaba hería en él fibras que el dolor había hasta entonces respetado.

(Continuará.)

SILLERÍA BAJA

DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

En el año de 1494, cuando el entusiasmo guerrero y patriótico acababa de realizar la unidad nacio-



SILLERÍA BAJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO. — Batalla de Marbella en tiempo de la reconquista de Granada, alto relieve, obra de Maese Rodrigo (de fotografía de Casiano Alguacil)

nal y el Renacimiento empezaba á imponer los elementos que habían de transformar el concepto artístico, emprendió el célebre maestro Rodrigo la construcción de la sillería baja del coro de la catedral toledana, inspirándose para el tema de los hermosos relieves que embellecen la obra en los sangrientos combates, asaltos de villas y castillos y cuantos episodios recuerdan la gloriosa epopeya que terminó con la toma de la capital de los monarcas nazaritas.

Aparte de la inmensa labor que tal obra representa, recomiéndase por constituir cada uno de los relieves un cuadro de carácter histórico, en los que el artista preséntase actuando bajo la influencia del nuevo estilo, ya que apenas se traslucen en las figuras la rigidez y angulosidad distintiva del anterior período, llamando la atención la agrupación de las figuras, la energía de las actitudes, propiedad de los trajes y expresión. Cada relieve ostenta esculpido el nombre y título de la escena representada.

Posteriormente, en 1539, llevóse á cabo por Alfonso Berruguete y Felipe de Borgoña la construcción del coro alto, resultando, por lo tanto, asociados los nombres de estos dos habilísimos maestros al de Rodrigo en la ejecución de una obra tan notable, y el de todos ellos á los Copin de Holanda, Juan de Borgoña, Francisco de Amberes, Sebastián Almonacid, Fernando del Rincón, Francisco Guillén, Andrés Segura y otros más que constituyeron esa pléyade de artistas que tantas maravillas crearon y enriquecieron la catedral de la imperial ciudad, contribuyendo con su esfuerzo á conquistar glorioso renombre y merecida fama.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LA FABRICACIÓN DE LAS FLORES NATURALES

Si algún jardinero famoso de la época del Rey Sol resucitara y visitara nuestros viveros y nuestros invernaderos modernos, quedaríase de fijo asombrado al contemplar los progresos realizados en horticultura de dos años á esta parte.

El título del presente artículo puede parecer extraño, y sin embargo, es exacto. El público de nuestros días se ha hecho cada vez más exigente bajo todos conceptos; quiere siempre cosas nuevas y originales, y gracias á los adelantos de las ciencias casi no hay nada imposible. ¿Acaso no hay que satisfacer las exigencias de los aficionados ricos? Se han querido frutas en todas las estaciones, y no han faltado ingeniosos arbolistas que han creado invernáculos que en todos los meses del año proporcionan frutas naturales y suculentas. Los invernaderos no han bastado para las flores, y ha sido preciso que, á fuerza de un trabajo asiduo y de cuidados incesantes, se obtuvieran flores de colores nuevos y

de pétalos extraordinarios. Hoy en día hay quien facilita flores del tamaño, del color y casi de la forma que se deseen. ¿No es esto una maravilla?

En nuestras exposiciones hortícolas hemos podido ya admirar buen número de estas variedades curiosas, pero en Inglaterra es donde principalmente

así, cruzando dos plantas que tengan mayor tendencia al blanco, aunque en el primer cruzamiento no se logre un gran progreso, la tendencia al blanco se acentuará, y continuando estos cruzamientos acabará por eliminarse todo color y se conseguirá un blanco puro. ¿Al cabo de cuánto tiempo? Nadie puede preverlo, ni siquiera el fabricante; pero con perseverancia y gran conocimiento de las mezclas de colores se llegará al resultado apetecido.

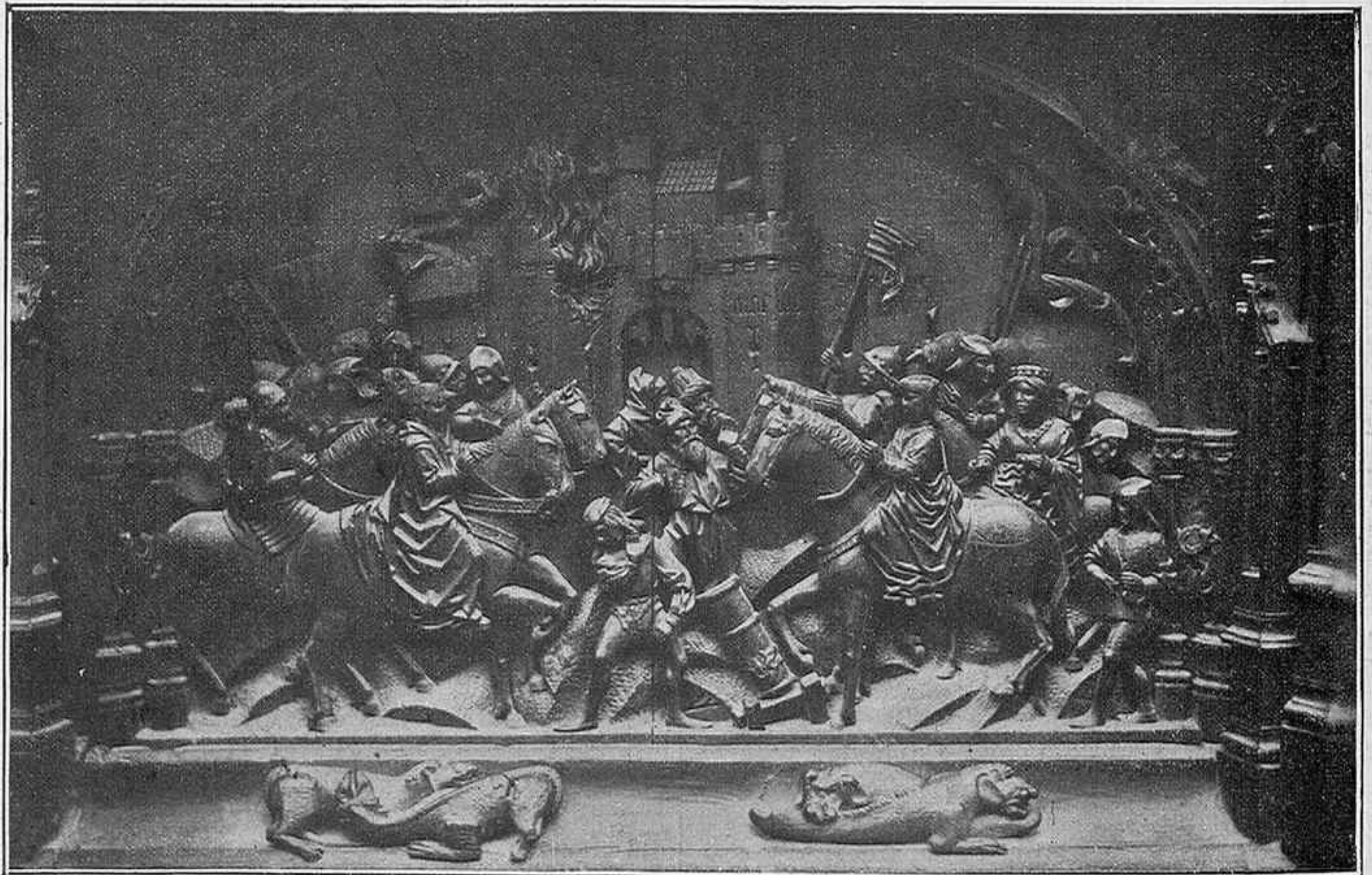
Si tomamos, por ejemplo, la primavera de China tal como era antes y la comparamos con la primavera gigante de China que actualmente se obtiene, distinguiremos perfectamente los caracteres primitivos, pero observaremos en ellos un extraordinario desarrollo. El artista que logró producir esta flor había notado que únicamente las flores coloradas podían producirse en plantas de tallo y de follaje oscuros; pero gracias á cuidados especiales y á riegos particulares acabó por obtener flores del color blanco más puro en tallos y follajes casi negros; y aun pudo lograr un resultado inverso, es decir, una flor azul oscura en un tallo claro. Con la begonia se han conseguido resultados curiosísimos, lo mismo con las simples que con las dobles. ¿Quién reconocería en esas flores de pétalos gigantes la begonia tan sencilla y tan común que hace cincuenta años crecía en nuestros jardines? En estos establecimientos hortícolas, que parecen verdaderos laboratorios, pueden verse también begonias dobles, imponentes y majestuosas, que dejan muy atrás á la begonia doble de otros tiempos.

Entre los desarrollos más interesantes hemos de citar en primer término el de la gloxinia. Si examinamos el tipo primitivo de esta pobre flor que parece muy poco perfeccionable, no podremos menos de preguntarnos cuánta habilidad y cuánta paciencia habrá necesitado el horticultor para llegar á este tipo final de forma perfecta, cuya hoja grande y oscura hace resaltar todavía más el blanco puro de la flor ampliamente abierta, que forma un verdadero ramillete sobre un solo tallo. Y aún no ha terminado su perfeccionamiento, porque hace poco se ha obtenido, por simple selección de la flor primitiva, una gloxinia gigante cuya sola flor tiene el tamaño del tallo de la planta que ha servido para crearla.

Estos tres ejemplos bastan; podríamos, sin embargo, haberlos multiplicado casi hasta lo infinito y hacer notar cómo con el simple crisantemo se han obtenidos esos grupos de flores gigantescas y variadas; con la modesta margarita silvestre, la margarita de los campos arborescente; con el tulipán silves-

existe la fabricación de flores naturales, hasta el punto de que se diría que los horticultores ingleses son verdaderos magos.

Todas estas flores curiosas por su forma, por su tamaño y por su textura, son absolutamente fabricadas, y nunca la naturaleza, abandonada á sus propios recursos, habría podido producirlas. Numerosos son ciertamente los aficionados á las flores sencillas; pero es imposible no extasiarse ante la gloxinia, «taza y platillo», creada por Mr. Sulton, de Reading (Inglaterra); el sólo nombre indica cuál es esta flor extraña. ¿Cómo se ha obtenido este re-



SILLERÍA BAJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO. — La reconquista de Granada, alto relieve obra de Maese Rodrigo (de fotografía de Casiano Alguacil)

sultado? Por medio de selecciones y cruzamientos continuos, sin que entre seguramente para nada la química en este trabajo, pues estas flores se producen por medios naturales. Conociendo las condiciones más favorables para el desarrollo de la flor, como son terreno, alimento y temperatura, en este terreno nacerá, este alimento especial le será suministrado como si se tratase de un enfermo y se abrirá en un invernadero en que constantemente reine esta temperatura. En cuanto á la coloración, también se obtendrá mediante una selección de tonos más ó menos aproximados al color que se quiera producir;

tre las innumerables variedades que cultivan los holandeses, etc.

Pero todavía se ha hecho más, puesto que desde hace algunos años se obtienen flores sin tierra, lo que constituye un pasatiempo muy agradable para los aficionados á la horticultura doméstica. En todas partes pueden colocarse flores sin tierra, en las habitaciones, sobre madera, en cestas, en jarros: estas flores, rodeadas simplemente de musgo, siguen viviendo y floreciendo con el mismo vigor y la misma lozanía que habrían tenido en plena tierra. Una de las ventajas de este sistema, como ornamenta-

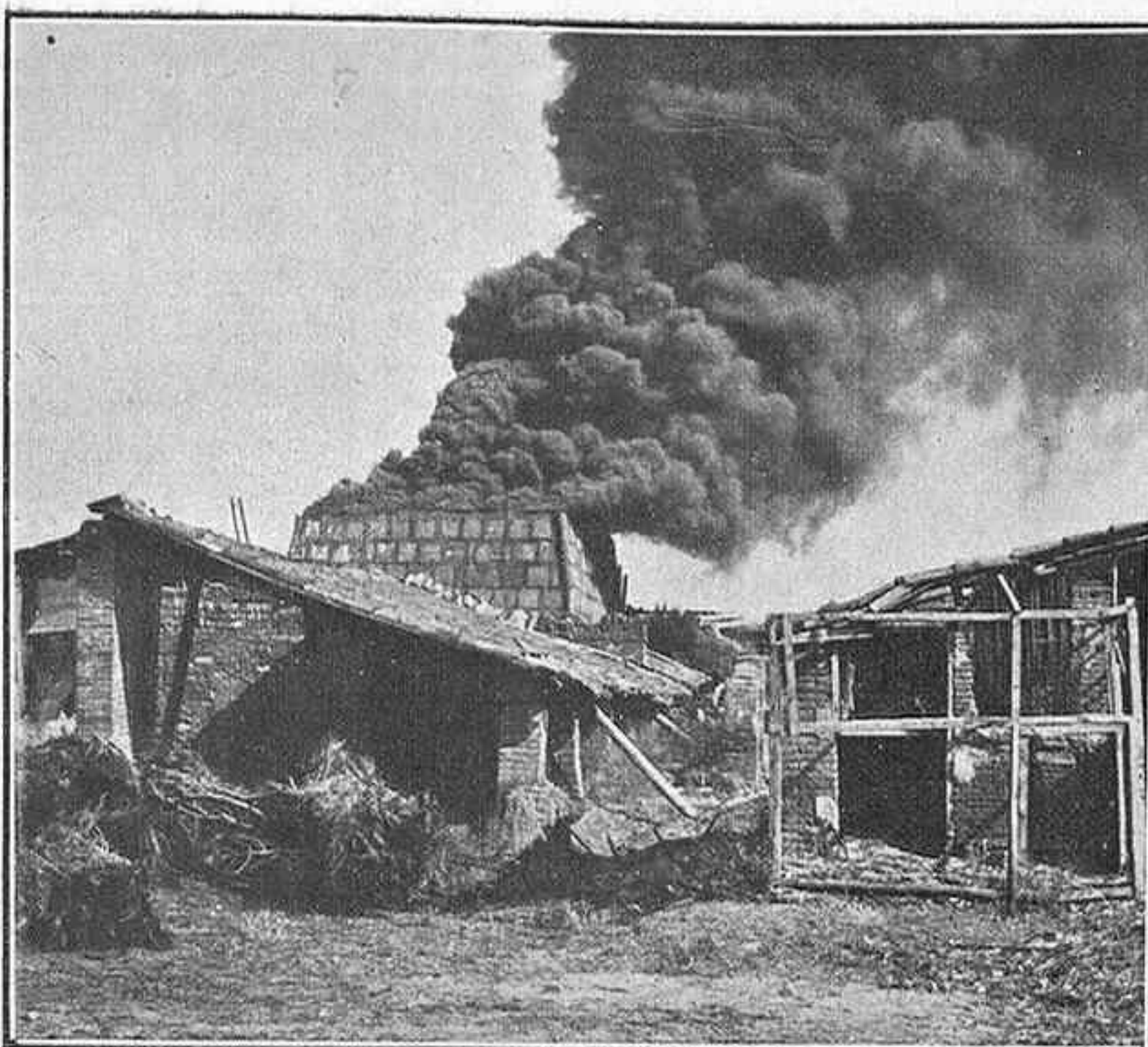
ción, es que diversas plantas con su follaje, sus flores y sus raíces ocultas en el musgo, pueden estar reunidas en un mismo jarro y formar elegantes ramilletes vivos, en la época en que la naturaleza presenta en el exterior su aspecto triste y desolado. El contraste que de ello resulta es de un efecto sorprendente.

El procedimiento consiste en poner la planta en un «substractum» poroso y ligero, como por ejemplo el musgo, y mantenido siempre húmedo por medio de una solución de sales de potasa, de carbonato de cal, etc., indispensables para la vida de las plantas. Uno de los «substractum» por excelencia es la esponja, porque ésta conserva mucho tiempo la humedad y contiene algunas de las substancias de que se nutren los vegetales.

Nada más curioso que esa masa de verdura y de flores multicolores, sin sustentáculo aparente y que parecen crecer sin alimento y vivir del aire.

En pleno barrio de Monceau puede verse hasta un criadero de berros sobre esponjas, en un jardín de invierno; y esto que el berro, según dicen, necesita agua renovada incesantemente. Para obtener buenos resultados en este género de cultivo, es preciso mantener una humedad constante y no abonar las plantas con exceso, pues esto impediría el crecimiento normal de las mismas.

Si diferentes industrias han progresado considerablemente de medio siglo á esta parte, no debe creerse que otras se han quedado atrás; las consideraciones que dejamos expuestas lo demuestran sobradamente, y si en nuestras exposiciones de horticultura el público no se cansa de admirar las maravillas que de continuo se producen, no piensa gran cosa en las dificultades enormes que los horticultores encuen-



FOTOGRAFÍA DE D. MARCIAL BALLÚS, que obtuvo un premio extraordinario en un concurso recientemente celebrado en Sabadell

tran, ni en la paciencia que necesitan para conseguir resultados satisfactorios que sean gratos á los ojos exigentes de los aficionados modernos.

PABLO MEGNIN.

(De La Nature.)

FOTOGRAFÍA DE D. MARCIAL BALLÚS

Cada día son más frecuentes los concursos de fotografías y cada día es mayor el número de los aficionados al que, dado el perfeccionamiento conseguido, bien puede llamarse arte fotográfico.

Hoy la fotografía ha dejado de ser patrimonio exclusivo de unos pocos iniciados en las múltiples y antes difíciles operaciones que su ejercicio exige, y gracias á los progresos por la ciencia realizados, son actualmente muchos más los aficionados que los profesionales. De aquí la evolución que en aquélla se ha verificado, ya que desde el momento en que ha dejado de ser el lucro el único móvil de los que conocen el manejo de la cámara obscura, éstos han buscado nuevos horizontes, y llevados de su temperamento, han podido producir verdaderas obras artísticas.

La emulación ha contribuido no poco á estos felices resultados por medio de los concursos, en los cuales hallan los *amateurs* ancho campo para demostrar sus diversas aptitudes; y lo que en muchos comenzó por mero pasatiempo, acabó por ser una verdadera necesidad del espíritu, que en esta nueva manifestación artística tuvo un medio sencillo de exteriorizar ese amor á lo bello que es innato en el hombre.

Recientemente se ha celebrado con gran éxito uno de estos concursos en la industriosa ciudad catalana de Sabadell; en él ha obtenido un premio extraordinario la bellísima fotografía de D. Marcial Ballús, que con mucho gusto reproducimos adjunta.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA.
Alimento completo

NESTLE

Para NIÑOS y ANCIANOS.

Contiene la Leche pura de Suiza.

CURACION cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los medicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros medicos de París. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

CASSIUS I HELENA, per *Eusebi Güell*. - En este poema dramático, escrito en catalán, se advierte desde luego la influencia de los modernos dramaturgos del Norte, sin que esto signifique que el Sr. Güell y López sea un simple imitador de los mismos. Los personajes de *Cassius i Helena* son casi puras abstracciones que se mueven á impulsos de ideas elevadas, obrando con lógica inflexible, no como seres humanos, sino como verdaderos símbolos; á pesar de ello, nos interesan y nos cautivan, gracias al talento con que el autor ha sabido exteriorizar los sentimientos que les animan y hacer resaltar el pensamiento fundamental en que el poema se inspira. El lenguaje armoniza perfectamente con el carácter de la obra, que resulta altamente poética. *Cassius i Helena* ha sido elegantemente impreso en Barcelona en la tipografía de «L' Avenç».

LA CASA NUCINGEN, por *H. de Balzac*. - La biblioteca económica que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso, se ha aumentado con este volumen, que contiene, además de la que sirve de epígrafe á estas líneas, otras cuatro preciosas novelitas del gran escritor francés, muy correctamente traducidas por D. Joaquín García Bravo. El tomo, de 376 páginas, véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

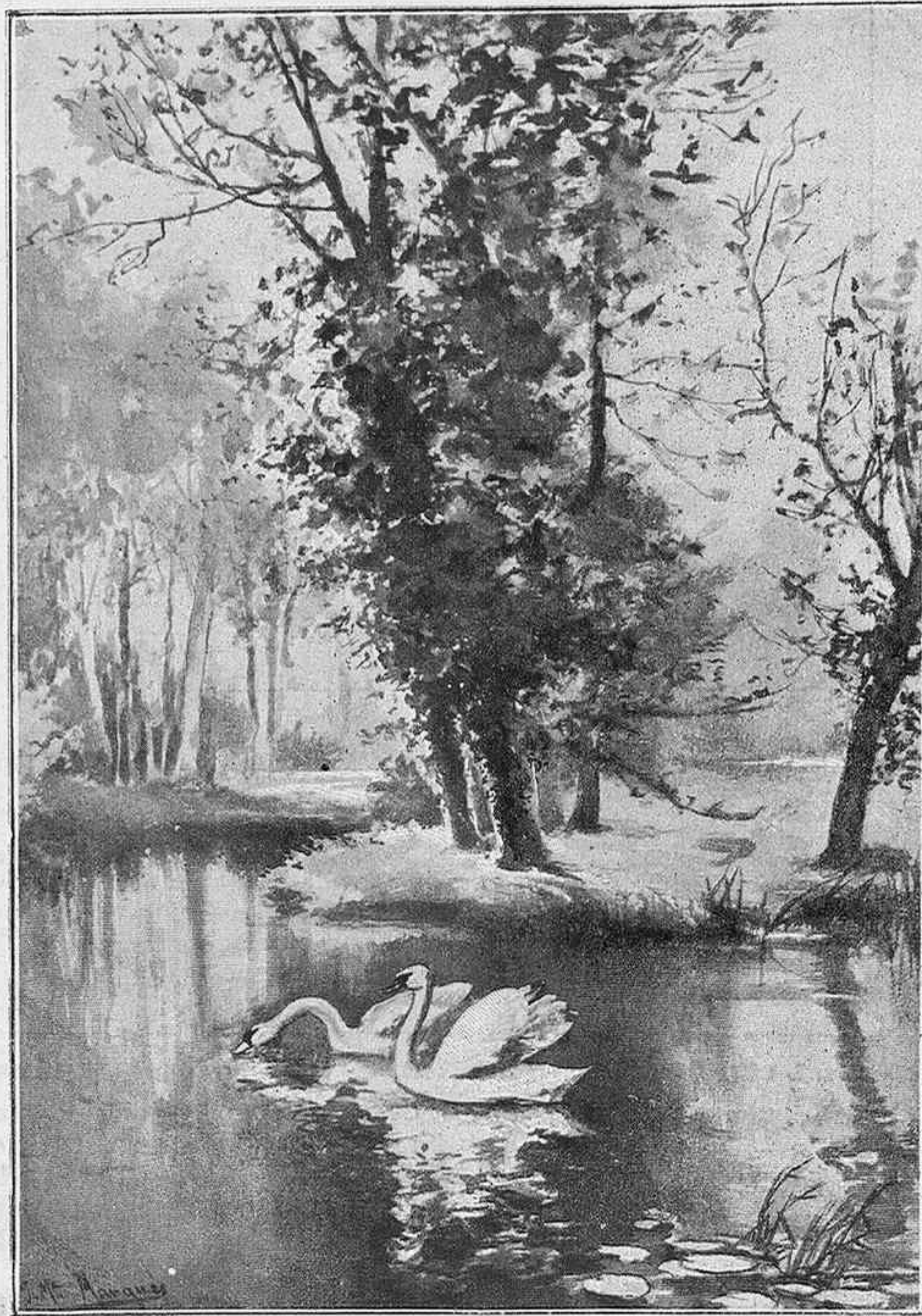
AL SOL, por *Angel Guerra*. - Novela canaria, cuyo autor, el distinguido escritor Angel Guerra, retrata con admirable fidelidad tipos y costumbres campesinos de aquella tierra, enlazándolos con una acción en extremo interesante. Forma parte de la tan popular «Colección Diamante» que edita en Barcelona D. Antonio López y se vende á cincuenta céntimos.

DISCURSO LEÍDO EN EL ATENEO DE BADAJOZ EN HONOR DEL ILUSTRE PORTA D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, por *J. Díaz Macías*. - Este trabajo del Sr. Díaz Macías, individuo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, es un bellissimo y sentido homenaje tributado á la memoria del inspirado autor de *Idilio*, *Gritos del combate*, *Maruja* y tantas otras joyas de la moderna poesía castellana, cuya personalidad y cuya influencia en nuestra literatura traza el autor con sobrios, pero vigorosos trazos. Folleto impreso en Badajoz en la imprenta de Antonio Arqueres.

LA JORNADA DE OCHO HORAS, por *D. Ricardo Revenga*. - Obra de actualidad, en que se busca solución al arduo problema del trabajo, es la que acaba de publicar D. Ricardo Revenga, quien partiendo de la división del día en tres partes,

declárase partidario de la jornada de ocho horas, aduciendo consideraciones y antecedentes de varios ordenes y aspectos. Precede á la obra un notable prólogo debido á D. José Canalejas y Méndez. Véndese en las principales librerías.

ta de *Turistas*, semanario; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *El Huallaga*, diario (Huanuco, Perú).



Paisaje de primavera, dibujo de José M.ª Marqués

MEMORIAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL. LA GUINEA ESPAÑOLA, por *R. Beltrán y Róspide*. - Folleto en el que se describen con minuciosos é interesantes datos y atinadísimas y muy útiles observaciones los territorios que constituyen la Guinea continental española, llamada generalmente «país del Muni.» Dada la competencia universalmente reconocida de su autor, distinguido y querido colaborador de esta revista, excusado nos parece todo elogio de su obra. En cuanto á la importancia del asunto, harto la comprenderán los que se preocupan del presente y del porvenir colonial de España. Impreso en Madrid, imprenta de Fortanet.

CASA DE MUÑECA, por *E. Ibsen*. - Nada hemos de decir de este hermoso drama, admirado y aplaudido por todos los públicos; su mejor alabanza está en el nombre de su autor, el genial dramaturgo noruego. La empresa editorial «Teatro Antiguo y Moderno» ha publicado una traducción del mismo, esmeradamente hecha, que ha sido impresa en Barcelona en la imprenta de F. Badía y se vende á una peseta.

CESARINAS, por *D. Manuel José Quintana*. - Curioso y erudito estudio es el que bajo el título que encabeza estos renglones ha publicado D. Manuel José Quintana, y así lo consignamos porque la bien escrita colección de cuadros que en el libro figuran, relativos á los primeros césares, revelan profundos estudios de épocas asaz complejas y vastísima erudición en su autor, que aun inspirándose en las acabadas pinturas de Suetonio, demuestra su carácter personal y una labor de investigaciones digna de todo encomio. La obra ha sido pulcramente impresa en la tipografía de Gillet, de Valparaíso.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Ilustració Catalana, semanal; *Pel y Ploma*, revista semanal ilustrada; *Hojas Selectas*, mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *Hispania*, revista quincenal ilustrada; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada; *Boletín Cartésio Artístico-literario*, revista trimestral ilustrada; *La Medicina Científica en España*, revista mensual (Barcelona); *Zapatería Práctica*, revista mensual ilustrada (Igualada); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *Helios*, revista mensual; *Revista Universal Ilustrada*, quincenal; *La mujer en su casa*, mensual ilustrada; *Gaceta de Turistas*, semanario; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *El Huallaga*, diario (Huanuco, Perú).

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
en París
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B. St. Denis, 16

VINO NOURRY
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F.ª G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

PATÉ ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-B. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN